1509

ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA.

LA CADENA ROTA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE LA SEÑORA

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE FRANCISCO MACÍAS, SAN JUAN, 61.
1879.

18

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12.
1905

20

LA CADENA ROTA.

LA CADENA ROTA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE LA SEÑORA

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE FRANCISCO MACÍAS, SAN JUAN, 61.

1879.

DEDICATORIA.

A los Excelentísimos Señores Don Víctor Balaguer y su esposa Doña Manuela Carbonell, en testimomio de afectuosa y sincera amistad,

LA AUTORA.

Esta obra es propiedad de su autora, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla, ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria. La autora se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la administracion lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados de conceder el permiso de representacion y del cobro de los lerechos de propiedad.

PERSONAJES.

AZELLA (esclava).
ROSA.
RUDERICO (esclavo).
HORACIO.
D. MAMERTO.
RESTITUTO.
PEDRO ANTONIO (mulato).
CAPATAZ (negro).
Negros y negras.

675192

ACTO PRIMERO.

La escena en un ingenio de la Habana, á orillas del mar. Epoca moderna; á mediados del siglo actual.—Decoracion de jardin, representando la entrada de un ingenio. Pabellon á la derecha del actor; un cenador á la izquierda. Muebles rústicos, y hamacas suspendidas de los árboles.—Al frente los balcones y entrada á la casa; puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

Horacio y D. Mamerto.

(*Aparecen unos negros con maletas y efectos de viaje, y entran en la casa.*)

D. MAMERTO.

¡Ea! ya estamos en casa,
ven, sobrino, á descansar.

HORACIO.

Mil gracias; no es el descanso
mi mayor necesidad.
¡Qué calor!

D. MAMERTO.

No lo estraño,
es este clima fatal,
y acostumbrado al benigno
de Madrid.

HORACIO.

Es la verdad,

en España se respiran
otras brisas... ¿y serán? (*mirando al reloj*)
¿las nueve ya?

D. MAMERTO.

Justamente,
acaban ahora de dar.
Siéntate aquí (*en el cenador*),

HORACIO.

(*Sentándose.*) ¡Mil gracias!
¡Qué frondosa amenidad!
¿Pero y mi prima?

D. MAMERTO.

Ten calma
que muy pronto la verás.

HORACIO.

Ese es mi mayor deseo;
mi solo y único afan,
hablar á mi prometida
y su rostro contemplar

D MAMERTO.

Voy á prevenirla,

HORACIO.

Espero
que no se molestará,
pues en tal caso sabria
poner coto á mi ansiedad.

D. MAMERTO.

¡Molestarse! ¡Qué bobada!
Si ella impaciente quizá
habrá salido á la playa,
porque suele madrugar,
y juzgo que no habrá vuelto
cuando por aquí no está;
voy á ver.

HORACIO.

Ardo en deseos...

D. MAMERTO.

¿De verla? Eso es natural,
ven á decírmelo á mi,
que en mi juvenil edad,
eran siempre los amores
mi cielo, mi Dios, mi altar.

ESCENA SEGUNDA.

Horacio, Restituto.

RESTITUTO.

¡Gracias á Dios que llegué!
pero qué caribes ¡cielos!

HORACIO.

Aquí está ya el equipaje.

RESTITUTO.

Ya lo sé; pero no acierto,
cómo diablos me he metido
en todo aquel desconcierto.

HORACIO.

Mi tio mandó sacarlo
y te perdimos.

RESTITUTO.

Soberbio
era el barullo que habia
á la salida del puerto;
pero ya estamos aquí;
¡y qué hermoso es todo esto!

HORACIO.

¡Se ensancha el alma! ¡se goza!

RESTITUTO.

¡Qué campos! ¡qué mar!

HORACIO.

¡Qué cielo!
es un país delicioso
en lo poco que yo advierto.
Parece un nido de amores.

RESTITUTO.

De nuestra España reflejo.

HORACIO.

Esto es mejor.

RESTITUTO.

¡Qué ha de ser!

HORACIO.

Tal, Restituto, lo creo.

RESTITUTO.

Donde está la patria mia,
adoptiva por supuesto,
que yo en Lisboa nací
y á mucho orgullo lo tengo,
no hay delicia ni placer,
ni paraiso más bello,
ni sueña la fantasía
lo que allí los ojos vieron.

HORACIO.

Pon á tus ardores tasa,
que en las Antillas tenemos
seguro ya el porvenir.

RESTITUTO.

No me importa; estoy contento,
á su lado está mi dicha
y sólo la suya anhelo;
ese es mi afan.

HORACIO.

Yo quisiera
realizar mis dulces sueños.

Esta boda proyectada
desde la niñez tenemos,
tú lo sabes.

RESTITUTO.

Sí, señor,
y conozco sus deseos,
pues hace diez años largos
que le sirvo y bien le quiero,
y hénos, pues, como la hiedra...

HORACIO.

Y el olmo, juntos viviendo.

RESTITUTO.

Dígalo en hora feliz,
y si á Doña Rosa peto,
correrán aquí mis dias
cual cristalino arroyuelo;
y ¿qué tal es?

HORACIO.

No lo sé:
pero pronto voy á verlo.
A juzgar por el retrato,
su rostro es bello, muy bello,
si tan hermosa es el alma
mi dicha no tendrá precio.

RESTITUTO.

¡Quién lo duda!

HORACIO.

Ya mi padre
concertó con D. Mamerto,
tio de ambos, esta boda,
en un pacto muy estrecho.
Me sometí de buen grado
y vine á cumplir mi empeño.

RESTITUTO.

¿Es habanera?

HORACIO.

No á fe,
que nació en Jerez entiendo,
y vino muy pequeñita
á vivir en este ingenio.
Mi padre y el suyo eran
hermanos de D Mamerto,
los tres de escasa fortuna,
pero de mucho talento.

RESTITUTO.

Y debieron sus ríquezas
á espléndidos casamientos.

HORACIO.

Es verdad; pero alguien viene.

RESTITUTO.

Son unos chicos morenos,
¿Necesitais mis servicios?
¿Tengo que hacer?

HORACIO.

Nada en sério,

RESTITUTO.

Pues veré que buenas mozas
tenemos por el ingenio.

ESCENA TERCERA.

D. Mamerto, Azella, Ruderico, el capataz y negros. Horacio en el cenador.

CAPATAZ.

Aquí están ya los muchachos
que ayer la niña Rosita
mandó comprar.

D. MAMERTO.

¡Oh! ¡qué guapos!

CAPATAZ.

La mestiza es muy bonita.

D. MAMERTO.

¿Cuál es tu nombre?

AZELLA.

Me llamo,
señor, Azella.

D. MAMERTO.

¡Qué bello!

AZELLA.

Y Ruderico mi hermano,
somos cuarterones (*con orgullo*).

D. MAMERTO.

Claro
vuestro color lo revela;
y ¿porqué estáis cabizbajos?
¿Teneis penas?

AZELLA.

¡Ah, señor!
¿puede reir el esclavo?

D. MAMERTO.

Cese ya vuestro pesar,
mitigando ese quebranto,
que en esta casa se trata
al negro con mucho agrado.
Rosita quiso comprarte
porque ayer de tí la hablaron,
y te hará su camarera,
tu desventura aliviando.
Y tú, cariacontecido, (*A Ruderico.*)
con esos brazos cruzados,
¿qué harás?

RUDERICO.

Yo procuraré
ser fiel á mis nuevos amos.

D. MAMERTO.

¿Y no teneis más familia?

RUDERICO.

Una madre que lloramos,
¡ángel más bien que mujer!
era nuestro solo lazo
en la tierra...

D. MAMERTO.

¿Y no lo es ya?

RUDERICO.

Bajo el infamante látigo
de un negrero sucumbió.

AZELLA.

Desgraciada!

RUDERICO.

Agudo dardo
nos penetró el corazon,
rompiéndole en mil pedazos.

D. MAMERTO.

¿Y donde fué?

RUDERICO.

En la guarida
de Pedro Antonio el mulato.

D. MAMERTO.

Esos caribes...

RUDERICO.

Que tienen
el alma vendida al diablo.

D. MAMERTO.

Son feroces, segun creo,
crueles los tres hermanos.
¿Y era bella?

RUDERICO.

Como un sol.

D. MAMERTO.

No digas más, ¡desalmados!

RUDERICO.

Ojos garzos y morena,
pero de un moreno claro,
con el alma tierna y pura
y el corazon dulce y blando.

AZELLA.

¡Pobre madre!

RUDERICO

¡Madre mia!
¡de esperanza hermoso faro!

D. MAMERTO.

¿Qué delito cometió
cuando así la maltrataron?

RUDERICO.

Era débil, delicada,
y la dieron los malvados
con intencion depravada
insoportables trabajos.

D. MAMERTO.

¿Pero qué hizo?

EL CAPATAZ (*adelantándose*).

Escaparse.

D. MAMERTO.

¡Hola! ¡malo! ¡muy malo!

AZELLA.

Era por ver á sus hijos.

RUDERICO.

Por vernos castigo tanto;
ver la chicota homicida
sus espaldas desgarrando!

AZELLA.

Y espirando la infeliz
á golpes tan reiterados.

CAPATAZ.

Señor; que son muy ladinos;
su mercé no se haga blando.

D. MAMERTO.

Está bien; véte.

CAPATAZ.

Me dijo
el amo de estos muchachos,
que con ellos su mercé
tenga un poquito cuidado.

D. MAMERTO.

¿En qué hubieron delinquido?

CAPATAZ.

Porque son largos, muy largos,
saben de letra y escriben,
y charlan cual papagayos.

(Váse seguido de los negros.)

ESCENA CUARTA.

D. Mamerto, Azella, Ruderico y Horacio *á un lado.*

D. MAMERTO.

¡Hola! no me gusta eso,
¿Con qué sois tan ilustrados?

RUDERICO.

Dios por igual repartió
la hermosa luz que adoramos.

D. MAMERTO.

Vuestra abyecta raza sirve
tan sólo para el trabajo.

RUDERICO.

Nos niegan la inteligencia
y nosotros protestamos.
Nacimos mi hermana y yo
de una mestiza y de un blanco,
y se nos dió educacion
muy esmerada.

D. MAMERTO.

Declaro
que en vosotros se adivina,
ingenio y talento claro;
pero yo no les daria
tal ejemplo á mis esclavos,
se hacen altivos si piensan,
su condicion rechazando,
y se sublevan á veces
queriendo romper sus lazos.

RUDERICO.

Las cadenas que el deber
y el sentimiento sagrado
de la gratitud afirman,
no se rompen.

AZELLA.

Nuestro amo
nos legó en chispa divina.
de luz el reflejo sacro.

RUDERICO.

Nos educó por sí mismo.
que éramos sus hijos ambos.

D. MAMERTO.

Pero debió redimiros.

RUDERICO.

No pudo; el destino aciago
le arrancó á nuestro cariño
por un golpe inesperado,

D. MAMERTO.

Murió de repente.

AZELLA.

Oh, sí!
Sin hablar.

RUDERICO.

Como un relámpago
desapareció del mundo,
y hénos míseros esclavos
arrojados de la casa
donde nacimos. .

AZELLA.

Y amamos,
donde éramos muy felices
de un padre bajo el amparo.

DON MAMERTO.

Ea, calmad vuestra pena.

AZELLA.

Si el corazon en pedazos
parece que nos arrancan
estos recuerdos tiranos.

RUDERICO.

Implacables sus parientes
pronto nos enagenaron,
y mi madre fué á parar
á casa de ese mulato. (*Con desprecio.*)

D. MAMERTO.

De ese negrero maldito.

AZELLA.

De ese cruel renegado,
que hizo morir á la mártir
á los golpes de su látigo.

HORACIO.

Oyéndolo estoy y dudo:

¿Qué leyes rigen aquí?
(*Levantándose indignado.*)

D. MAMERTO

Retiraos, me figuro
que Rosa llega...

AZELLA.

¡Ay de mí!

ESCENA QUINTA.

Los mismos y Rosa.

ROSA.

Tio, ¿y mi primo?

D. MAMERTO.

Hija mia,
Te espera con ansiedad.

HORACIO.

Aquí estoy; ¡qué feliz dia!

ROSA.

No estás viendo mi alegría
por tanta felicidad...

HORACIO.

¡Oh, qué bella! ¡cuán dichoso!

ROSA.

No me engañaba el retrato,
(*A D. Mamerto.*)
es muy galan, muy donoso.

D. MAMERTO.

Y de amenísimo trato.

ROSA.

Que dia tan venturoso
este será para mí,
en que llegastes ufano

con amante frenesí,
á unir tu mano á mi mano,
á oir el ansiado sí!

HORACIO.

Héme ya de tus encantos
preso en la red.

ROSA.

¡Ah! ¡traidor!
¿Qué cárcel será mejor,
trás de tantos años tantos,
qué la cárcel de mi amor?

HORACIO.

¿Largos fueron?

ROSA.

Si, por Dios;
era tu tardanza mucha.

D. MAMERTO.

Y de su esperanza en pos
siempre tuvimos los dos
viva parte en esta lucha.

HORACIO.

Ya terminó tanto afan;
me aclimato en este suelo.

ROSA.

¿No te irás?

HORACIO.

Ese es mi plan,
Vengo buscando consuelo.

D. MAMERTO.

Pues aquí te lo darán.

HORACIO.

Huérfano y triste, ligado,
á tí desde nuestra infancia.
con el corazon llagado,

transido y desesperado,
vine á salvar la distancia,
atravesando los mares,
para ofrecerte mi fé;
y héme aquí con mis pesares,
mi buen tio, á vuestros lares,
ya felizmente arribé.

D. Mamerto.

Y en ellos encontrarás
cariño, paz y ventura:
á Rosa feliz harás...

Rosa.

De nuestra dicha futura
me encargo yo.

Horacio.

Me amarás?

Rosa.

Con todo mi corazon;
de tu padre era el deseo
unirnos en himeneo,
y era tambien la ilusion
de los mios segun creo.

D. Mamerto.

Si, en verdad, hija del alma;
era su dorado sueño
y el mio.

Rosa.

Sé vuestro empeño.

Horacio.

Y yo encontraré la calma
en los brazos de mi dueño.

Rosa.

Quién son estos? (*viendo á los esclavos*)

D. MAMERTO.

Los esclavos
que ayer mandaste comprar
en la hacienda de los Zuavos,

ROSA.

Acercaos. ¡Lindo par!

RUDERICO.

¡De mí Jesús por los clavos! *(aparte)*

ROSA.

Mal gesto tiene á fé mia,
no conviene en el ingenio,
¿Verdad, primo?

HORACIO.

Chocaría;
pero esa fisonomía,
revela un hombre de génio.

ROSA.

No me agrada; la humildad
es una virtud muy bella.
¿Como te llamas?

AZELLA.

Azella:
nací en vuestra vecindad,
y nací con mala estrella,

D. MAMERTO.

Pues este es un guapo chico,
inteligente y muy bravo.

ROSA.

¿Es tu nombre?

RUDERICO.

Ruderico.

HORACIO.

Que este hombre sea un esclavo
es cosa que no me explico.

D. MAMERTO.

Son cuarterones.

ROSA.

Tal vez;
ya lo está diciendo á voces
ese tinte de su tez.
¿Tú, primo, no lo conoces
en su orgullosa altivez?

HORACIO.

En las Antillas soy nuevo
y no sé, prima querida,
como pasa aquí la vida
ni á imaginarlo me atrevo.

ROSA.

Ya lo sabrás. Tu venida
hay que celebrar. Tú ven (*á Azella*)
dispondremos su aposento
y síguenos tu tambien (*á Ruderico.*)
¡Primo querido! (*saludando*)

HORACIO.

(*inclinándose*) ¡Mi bien!

ROSA.

¡Qué dulce júbilo siento!...

ESCENA SEXTA.

D. Mamerto y Horacio.

D. MAMERTO.

¿Que tal tu prima? ¿que es eso?
¿la encuentras cual la soñaste?

HORACIO.

Mucho mejor, y confieso
que es peregrino el contraste,
de las dos.

D. MAMERTO.

¿De quién?

HORACIO.

¡De ella!

D. MAMERTO.

Te has quedado pensativo.

HORACIO.

Pensaba en Rosa, en Azella
y en ese pobre cautivo,

D. MAMERTO.

Imaginacion extraña;
piensa solo en descansar,
duerme aquí (*en un hamaca*)

HORACIO.

¡Cosas de España!
¡problemas por descifrar!...

D. MAMERTO.

Queda en paz, yo voy en tanto
á que aviven el almuerzo. (*Vase*).

HORACIO.

¡Ay! ¡que horrible desencanto!
en desecharle me esfuerzo.

ESCENA SÉTIMA.

Horacio. *junto al cenador en la hamaca.*

En perpétua oscuridad
mi alma se sumergía,
cuando por el mar venía
buscando la claridad.
Halléme solo en el mundo
y soñé en triste quimera,
con la gloria lisonjera
de un amor grande, profundo.

El bien, el supremo bien,
anhelé con desvario,
y vine á Cuba, Dios mío,
soñando con el Eden.
Y mi delirio al calmar,
ví dos luces esplendentes,
dos estrellas refulgentes,
dos ángeles de un altar.
Azella, Rosa, ilusion
de mis sentidos funesta;
¿que nueva tortura es esta
que surge de mi razon?
¿A qué aspiro? ¿yo que tengo?
¿dónde voy? ¿para qué valgo?
de mis inquietudes salgo;
á mis inquietudes vengo.
Vago fantasma cruel,
de engañosa fantasía,
no me finjas la alegría
si has de ofrecerme la hiel.

Se queda adormecido. Llega Ruderico cargado con un costurero y chismes de labor.

ESCENA OCTAVA.

Horacio, Ruderico.

RUDERICO.

¡Destino aciago! ¿por qué
ayer risueño gozaba
y mi pecho se anegaba
en honda felicidad?
¿Por qué de mi noble padre
y de mi madre querida

ví deslizarse la vida
dejándome en la orfandad?
Y de qué suerte ¡Dios mio!
amarrado á esta cadena
que á esclavitud me condena
y á terrible padecer!.
¡A esta cadena ominosa
afrenta de libre raza,
que mi espiritu rechaza
y que subleva mi ser!
Carguemos ¡ay! estos chismes,
allí me mandó llevarlos, (*al cenador*)
y entre sus flores dejarlos
obedezcamos, señor, (*se acerca*)

HORACIO.

Bien hayan las impresiones, (*dormido*)
del corazon dolorido,
bien haya el eterno olvido
en las luchas del dolor.

RUDERICO.

Hombre libre ¿por que al verte
(*contemplándole*)
Sentí brotar en mi pecho
y en mi corazon deshecho
de lágrimas un raudal?
Y al ver tu rostro moreno
que contemplé ávidamente,
vi reflejarse en tu frente
ese rayo celestial?
¡Tu feliz! ¡yo desgraciado!
¿qué cadena nos enlaza?
mi pensamiento te abraza
con dulcísimo querer.
y eres libre; yo cautivo,

tú rico, noble y hermoso;
yo pobre y defectuoso
y al verte siento placer.
Dicen que la simpatía
impele y une las almas
como se enlazan las palmas
del viento á la oscilacion.
Obedeciendo al instinto
de una voluntad mas fuerte
que el dominio nos advierte
de irresistible a raccion.

HORACIO.

Rosa, Azella, cómo brillan (*soñando*)
cual faro en oscuro puerto,

RUDERICO.

¿Delira? ¿estará despierto?

HORACIO.

Me atormentan....

RUDERICO.

¡Por la cruz!
sueña con Rosa y Azella,

HORACIO.

La esclava es bella ¡muy bella!

RUDERICO.

¡Dios mio! ¡qué nueva luz! (*se acerca más*)

HORACIO.

¿Quién es, quién? ¡ah Ruderico!
(*despertando sobresaltado.*)

RUDERICO.

No es nadie; un alma perdida
de los mares de la vida
en el proceloso mar.

HORACIO.

Tú que llevas en el rostro

de Dios el sello divino.
no puedes errar camino
ni en las aguas zozobrar.

RUDERICO.

¡Gracias señor! sus palabras
bálsamo son á mi pena,
rico manantial que llena
de esperanza el corazon.
Si la sociedad arroja
á la triste raza mia
este dogal de agonia,
libre tengo mi razon.
Libre mi espiritu altivo
que se eleva en su demencia.
en alas de la inocencia
al mismo trono de Dios.

HORACIO.

¿Eres poeta?

RUDERICO.

Mi mente,
por los espacios divaga,
pero mi númen se apaga
al ir de mi duelo en pos,
Hé aquí mis versos (*saca un cuaderno*)

HORACIO.

Presiento
que la oscuridad proterva
tu vida hará mas acerba
en su instinto baladí.
Dejámele y no blasones
de ilustracion desmedida.

RUDERICO.

¡Si se deslizó mi vida
entre un sabio y una hurí!

HORACIO.

Si un amigo necesitas
piensa en mí, toma mi mano,

RUDERICO.

Ah! ya el destino tirano
me dejó de perseguir, (*besándola.*)
Ya no estoy solo en el mundo,
con la triste hermana mia;
nueva luz mis pasos guia.
¡Ya puedo, señor vivir!

ESCENA NOVENA.

Dichos y Restituto.

RESTITUTO.

Guapas chicas ¡mi señor!
¡qué mestizas! ¡cielo santo!
es un prodigio, un encanto
esta tierra del amor.
Las hay con ojos de cielo,
criollas y otras morenas,
que quitan todas las penas
y dan al triste consuelo.
Una hay que dice «comedme»
son blancas y son esclavas...

HORACIO.

¿Cuando de charlar acabas?

RESTITUTO.

¡Jesucristo! ¡contenedme!

HORACIO.

Tú estás loco, así lo creo.

RESTITUTO.

Quiero ser rico, muy rico.

HORACIO.

Esa ambicion no me esplico,

RESTITUTO.

Pues muy sencillo lo veo;
para comprar veinticinco
de esas niñas cuarteronas,
y al punto en las amazonas
me planto, señor, de un brinco.

HORACIO.

Al hermano te presento
de esa cuarterona bella.

RESTITUTO.

Es hermoso como ella.
¡Por mi vida! ¡que portento!
¿Esclavo tambien?

RUDERICO.

Si á fé;
ese dogal ominoso
como baldon afrentoso
llevo al cuello y llevaré.

RESTITUTO.

Lo siento; pero en verdad
si puedo servirte de algo,
cuanto soy y cuanto valgo
con mi inútil amistad
es tuyo....

RUDERICO (*conmovido*)

¡Gracias!

AZELLA (*dentro llama*)

¡Hermano!

RUDERICO.

Allá voy. Dulce esperanza
me alienta. Venga esa mano.
(*se la estrecha*)
¡Feliz quien tal dicha alcanza!

ESCENA DIEZ.

Horacio y Restituto.

HORACIO.
¿Y qué has visto?
RESTITUTO.
Muchas cosas.
HORACIO.
¿Buenas?
RESTITUTO.
Poco de eso tienen,
más que alegres, enojosas,
que á su merced no convienen.
HORACIO.
¡Oh!
RESTITUTO.
Vuestra prima, señorito,
es una sierpe, una arpía;
lo dicen á voz en grito
todos aquí y á porfía.
La crueldad y el capricho
son para ella fácil cosa;
soberbia y voluntariosa,
tiene instintos de mal bicho,
HORACIO.
Calla, que sale.
RESTITUTO.
Huyamos.
Más que á la peste la temo;
por aquí no la encontramos.
(*se van por un lado*).

ESCENA ONCE.

Rosa, Azella, Ruderico y varias esclavas con labores.

ROSA.

¿A qué sueltas el estremo?

Con ira á Ruderico que ha dejado caer la punta de unas bandas que llevan entre las dos.

RUDERICO.

¡Perdon!...

ROSA.

¡Estúpida raza!
aquí, coloca ese costurero.
(*Ruderico le pone donde indica Rosa*)
Y tú el bastidor, rapaza (*á otra*),
en ese lado. Así quiero.
Sientate. (*Se sientan todas.*)
¿qué sabes hacer?
(*á Azella arreglando las bandas*)

AZELLA.

Dibujo, toco el piano.

ROSA.

¿Pero no sabes coser?
(*Azella se encoje de hombros*)
¡Dios me tenga de su mano!
La adquisicion fué preciosa.
¿Sabes más?

AZELLA.

Algo de canto.

ROSA.

¡Soberbia! ¡soberbia cosa!
es una gloria, un encanto;

dos mil pesos arrojados
como quien dice.

AZELLA.

Tambien
sé hacer encajes, bordados...
(se pone al bastidor).

ROSA.

La esencia del sumo bien.
¿Y tú? *(á Ruderico que permanece de pié.)*

RUDERICO.

Cultivé las ciencias,
las letras, la poesía...

ROSA.

Pues con tales excelencias
estoy bien, por vida mia.
Yo á mis esclavos exijo
humildad.

RUDERICO.

¡Oh! la tendremos

ROSA.

Atencion si me dirijo
á vosotros.

RUDERICO.

Callaremos.

ROSA.

Al punto sin rechistar
mi voluntad se obedece.

RUDERICO.

La niña puede mandar.

ROSA.

¿Y qué haces tú? *(á Azella).*

AZELLA.

Me parece
este color muy sombrio

para casar con aquella
tinta.

ROSA.

Refleja en el rio
la roja luz de una estrella.
(aludiendo al bordado)
Deja el bordado.

AZELLA (*levantándose.*)

Lo dejo;
¿qué me manda su mercé?

ROSA.

Que cantes. Y ese trebejo
(*á Ruderico por el bastidor*)
retira tú.

AZELLA.

Cantaré.

Azella se dirige al pabellon y á poco empieza un preludio suave en el piano que no interrumpe la conversacion.

ESCENA DOCE.

Rosa, Ruderico y las esclavas haciendo labor.

ROSA.

Acércate. (*A Ruderico.*)

RUDERICO.

Cerca estoy.

ROSA.

Un poco más, te lo mando,
y te advierto, por quien soy,
que me vas incomodando
por tu aspecto fachendon;
es preciso que revele
el traje tu condicion.

RUDERICO.

Abandonarle me duele;
llevo luto por mi madre,
que murió en hora fatal

ROSA.

Irás, aunque no te cuadre,
como los del cafetal.
Mis negros visten así,
pues yo no quiero señores
que impongan su ley aquí;
busco sólo servidores.

RUDERICO.

La esperanza me halagó
de su bondad.

ROSA.

¡Ruderico!
lo dicho; lo mando yo.

RUDERICO.

Su crueldad no me explico
(aparte alejándose).

ESCENA TRECE.

Rosa, Azella *en el pabellon,* **Horacio** *en el balcon cuando lo indique el diálogo:* **esclavas**

ROSA.

¡Qué altivez! ¡orgullo insano,
compañero de Satan!
Su soberbia será en vano;
la cerviz doblegarán.

AZELLA (*canta dentro.*)

Que triste es del esclavo (1)
la mísera existencia
que acerba su demencia;

(1) Esta cancion está puesta en música por el reputado maestro D. Ignacio Ovejero.

qué cruel su penar.
Naturaleza vierte
sus dulces armonías;
para él corren los dias
en hondo suspirar.

ROSA.

La esclava tiene maestría;
¡canta con mucho primor!

HORACIO.

¡Qué deliciosa armonía!
¡qué acento tan seductor!
(*asomándose al balcon*).

AZELLA (*canta*).

Es ¡ay! para el cautivo
sublime la esperanza;
un prisma que no alcanza
de mágica ilusion.
Negáronle los hombres
de amor el puro goce;
la dicha desconoce
que alienta el corazon.

HORACIO (*desde el balcon*).

¡Qué dulce voz! si se siente,
melancólico el gemido,
eco de un alma doliente
en la soledad perdido.

ROSA.

Basta de música. ¡Hola!
(*tocando un timbre*).

ESCENA CATORCE.

Rosa, Azella, Ruderico *y esclavas.*

RUDERICO.

¿Llamaba niña Rosita? (*desde el fondo*)

AZELLA.

¿Canto alguna barcarola?
(*desde la puerta del pabellon.*)

ROSA.

Tu cancion es muy bonita;
pero no más. (*Se acercan.*)

AZELLA (*mirando á Ruderico.*)

¡Qué traje!
¡vaya un tipo estrafalario!

ROSA.

Era el cambio necesario.

RUDERICO.

Para rendir homenaje
á la niña (*con ironía*).

ROSA (*A Azella*)

Cual tu hermano,
vestirás á gusto mio.

AZELLA.

A eso si que no me allano (*resuelta.*)

ROSA.

¿Cómo que nó? (*irritada*).

AZELLA (*asustada*).

¡Ay! Dios mio!

Viendo que Rosa se levanta con iracundo ademan y coge las tijeras.

RUDERICO.

¡Jesús! ¿qué pensais hacer?

ROSA.

Voy á cortarla el cabello.

AZELLA.

¡Oh! dejádmele tener.

RUDERICO *(aparte).*
Habré de torcerla el cuello.

ROSA.
Córtalas tú *(á Ruderico).*

RUDERICO,
¡Yo, señora! *(retrocediendo).*

AZELLA.
¡Piedad! *(cogiéndose las trenzas).*

RUDERICO *(á Rosa).*
Su clemencia implora;
¡desdichada, cómo llora!...

AZELLA.
¡Son mi gloria, mi tesoro!
(besando las trenzas).

ROSA.
Preciso es obrar así.
Arrodíllate *(á Azella.)*

AZELLA *(indignada).*
¿Eso más?

ROSA.
¡Desobedecerme á mi!...;
esclavo, corta *(dándole las tijeras).*

RUDERICO.
Jamás.

ROSA.
Obedece *(con soberbio ademan).*

RUDERICO.
¡Ay! no puedo,
le falta luz á mis ojos,
perdonad....

ROSA.
Yo nunca cedo
en mis menores antojos.

¿Cortas?

AZELLA.

¡Madre, madre mia!

RUDERICO.

¡Qué inaudita crueldad!
¿cortar? ¡nunca! no podría.
(arroja las tijeras).

ROSA.

¡Qué indigna temeridad.
Dá un golpe en el timbre y con un signo ordena á una de las esclavas su deseo; todas rodean á Azella.

UN NEGRO (*Salen varios*).

¿Llamaba, niña Rosita?

ROSA.

Ven acá.

RUDERICO (*acercándose á Azella*).

No lo consiento.
(*oponiéndose á que la corten el cabello*).
Ya mi cólera se irrita
y fuego en el alma siento.

ROSA.

Llevadle al cepo (*á los negros*).

AZELLA (*arrodillándose*).

¡Perdon!

ROSA.

Y aplicadle cien azotes
por su altiva condicion;
pronto. (*Los negros le rodean*).

RUDERICO.

¡Hotentotes!
Dejadme; yo solo iré.

AZELLA.

Perdonadle, por mi vida,
que yo me las cortaré *(se levanta)*.

HORACIO.

Preciso es que yo lo impida.
(Desde el balcon).

ROSA.

Corta.

Azella toma las tijeras.

AZELLA *(temblando)*

Me falta valor.

ROSA.

Es mucho. Esclava, ven,
corta tú *(á una esclava)*.

RUDERICO.

¡Oh dolor!
(se va con los negros.)

AZELLA.

¡Oh! Dios; ¡mi hermano!
(se cubre la cara con las manos.)

HORACIO *(llega por detrás)*.

Deten.

Retirando á la esclava que iba á cortar, y quitándole las trenzas.

ESCENA QUINCE.

Rosa, Horacio, Azella, *luego* **Restituto y don Mamerto.**

HORACIO.

Rosa, por piedad ¿qué es esto?

ROSA.

Quise domar su altivez.

HORACIO.

Es un capricho funesto;
perdónalos esta vez.

ROSA.

Las esclavas en mi casa
adornos no han menester,
y los límites traspasa
negándose á obedecer.

HORACIO.

El amor, la caridad,
son flores de noble pecho.

D. MAMERTO.

Pero mujer ¿qué te ha hecho
ese muchacho?

RESTITUTO.

¡Ay! ¡Piedad!
que á ese infeliz Ruderico
le van, señor, á matar.

D. MAMERTO.

Perdónale ¡pobre chico!

AZELLA.

¡Y por qué le han de azotar! (*llorando.*)

HORACIO.

Mira su rostro angustiado,
Conmuévate su dolor; (*mostrando á Azella, Rosa no se decide y Horacio en un arranque de autoridad dice:*
corred; está perdonado.
Le perdona por mi amor.

Azella y Restituto echan á correr con júbilo inmenso.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

SEGUNDO ACTO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Azella, Ruderico.

Amanece: la escena estará iluminada por los primeros resplandores del alba, que aumentan gradualmente; **Azella** *aparece dormida sobre una hamaca;* **Ruderico** *de pié la contempla con profunda tristeza.*

RUDERICO.

¡El alba ya! Dulcemente
el sol rasga la neblina,
y la estrella matutina
oculta su luz fulgente.
Vendrá á iluminar su frente
purísima claridad,
y tornará la verdad
á herirla con rudo ceño;
¡que no vuelva de su sueño!
¡que no vuelva, por piedad!
Espíritus de la altura
que habitais otras regiones,
escuchad las oraciones
de esta pobre criatura.
Y en el rayo que fulgura
de la aurora en la sonrisa,
y en los pliegues de la brisa,
y en los rumores del viento,

descended del firmamento,
sombras que el alma divisa,
Sombras de padres queridos,
que nos dísteis con el sér
la mision de padecer
tormentos indefinidos;
escuchad nuestros gemidos,
y contemplad los horrores,
que nos causan los rigores
de este verdadero infierno,
y alcanzad del Sér Eterno
que cesen nuestros dolores.

AZELLA.

¡Hermano! *(en sueños)*.

RUDERICO.

¡Mi pobre Azella!
duerme; duerme un poco más.

AZELLA.

¡Ay! *(va despertando)*

RUDERICO.

¿Para qué despertarás?
Dulce encanto, pura estrella,
que no se eclipsa jamás.

AZELLA.

¿Es de dia? Luz hermosa *(incorporándose)*
contemplo ya fulgorosa
irradiar en los palmares ..
y ya empiezan los pesares
su tarea borrascosa.

RUDERICO.

¿Lloras?

AZELLA.

Sufro sin querer
en esa contínua lidia

la negra, cruel envidia,
los celos de esa mujer.
Soñaba... quiero creer,
que en época no lejana,
llegamos una mañana
con Horacio mano á mano
á otro hemisferio, ¡ay, hermano!

RUDERICO.

¡Ilusion: ilusion vana!

AZELLA.

Es verdad, ¡pobre cautiva,
avecilla prisionera
que hondos ayes lastimera
exhalará miéntras viva:
Elévase triste, altiva,
su alma en el infinito,
y la roca de granito,
hiriéndola sin piedad,
la arroja á la inmensidad
de este desierto maldito.
Ven, hermano. *(levantándose)*
Mira; el suelo
se cubre de resplandores,
abren su cáliz las flores,
y nos brindan con anhelo
la esencia que sube al cielo
con dulce místico aroma
en alas de una paloma,
de fe purísimo emblema,
de la esperanza diadema
que en el horizonte asoma

RUDERICO.

Calma tu pena sombría
y no llores, por mi amor.

AZELLA.

A solas con mi dolor
me agito en la estancia fría;
vengo á la floresta umbría
falta de sueño y de calma,
que aquí respira mi alma
con un placer singular,
si oigo al céfiro agitar
el tamarindo y la palma.

RUDERICO.

Tristes los dias corrieron
desde que en hora fatal,
quizá para nuestro mal,
á este ingenio nos trajeron.

AZELLA.

¡Ah, no! que tambien nos dieron
bálsamo de bendicion;
que inunda mi corazon
con júbilo placentero,
de un afecto verdadero
la tiernísima impresion.

RUDERICO.

¡Horacio! ¿Y le amas, Azella?
¿cometerás tal locura?
¿añadir otra tortura
á esta perpétua querella?

AZELLA.

Amarle será mi estrella;
que es mi destino ese hombre.
Le idolatro, no te asombre.

RUDERICO.

¡Oh!

AZELLA.

¿Cómo amarle no podria,

si se agita el alma mia
sólo al eco de su nombre?

RUDERICO.

¡Desdichada! Si el amor
se prohibe á nuestra raza,
somos máquinas....

AZELLA *(indignada.)*

Rechaza
mi corazon con horror
ese concepto traidor.
Ama el pájaro en su nido,
ama el sér embrutecido,
ama la planta que crece,
y hasta el aura amor ofrece
en su doliente gemido
Y á nosotros, tristes séres,
nacidos con la esperanza,
de Dios á la semejanza
¡negarnos esos placeres!

RUDERICO.

Te ruego que consideres
la anómala situacion
que ocupas.

AZELLA.

Mi corazon
no late al impulso mio;
si este amor es desvarío
cumplo la ley de atraccion.

RUDERICO.

Advierte que ya recela
y hasta nos espía Rosa:
su espirítu no reposa
y fiera venganza anhela.

AZELLA.

¡Pobre mujer! se consuela
con darnos tormento agudo
y quiere tener su escudo
en la fé de un alma noble.
Cuando la suya es de roble
y nunca doblarla pudo.

ESCENA SEGUNDA.

Dichos y Horacio.

HORACIO.

¡Azella! *(desde lejos)*
¡Hermanos! (*más cerca:*)

RUDERICO.

¡Horacio!

HORACIO.

Bien haya el plácido dia,
que entre nubes de topacio
sonriendo aparecia.

RUDERICO.

¿Salísteis?

HORACIO.

Por el espacio
de esa playa que murmura
lanceme, falto de calma,
inquieto, con calentura,
lleno de ansiedad el alma
y el corazon de amargura.

AZELLA.

¿Vos sufrís?

HORACIO.

Sí; vuestra suerte
me preocupa de tal modo,
sin que á explicármelo acierte;

que pienso arrostrar por todo.

RUDERICO.

Niña Rosa.

HORACIO.

Se divierte
en ver la lucha cruel
que tan de veras lamento;
conoce mi pensamiento
y vé la copa de hiel
que apuro ya sin aliento.
Ahí, en la sombra frondosa
de un jagüey fresco y sombrío,
oyendo al noto bravío,
quise ocultar silenciosa
la pena del pecho mio.
Pero ella fué; y escudada
por un verde platanero,
leyó quizá, en la mirada
de mis ojos descuidada,
la honda angustia con que muero.
Y comprendo la intencion
de romper vuestra cadena,
y en su interior me condena,
que es pobre su corazon
y ya mi dicha envenena.
Corrió un dia y ocho mas.
y persuadirla no pude;
ella no cede jamás.
¿Y cómo evitar que dude
si viene siempre detrás?

RUDERICO.

¡Héla ya! *(en el balcon)*.

AZELLA.

Del ponasi

que á las brisas matinales
reverdece, yo la ví
ocultarse, y la sentí
luego en los cañaverales.

HORACIO.

Adios, pues; estad atentos,
que trabajo por lograr
redimiros, y contentos
vayais con prósperos vientos
á otras playas á arribar.

AZELLA.

¿Solos?

HORACIO.

Tal es el destino
que á mi vista se presenta;
fácil se ofrece el camino
si ella quiere.

AZELLA.

Ya adivino

RUDERICO.

Difícil es que consienta.

AZELLA.

Tal lo juzgo.

RUDEICO.

Adios, Señor.
Dios guie su noble mano.

ROSA.

¿Querrá robarme su amor
esa mestiza? (*desde el balcon*).

AZELLA.

No en vano
rogué al cielo con fervor.

ESCENA TERCERA.

Horacio.

«Hojas del árbol caidas,
juguete del viento son:
las ilusiones perdidas
¡ay! son hojas desprendidas
del árbol del corazon.»
Así nos dice Espronceda
y así debo yo decir:
de mi entusiasmo ¿qué queda?
Ni esperanza de que pueda
pensar en el porvenir.
El viento con ira zumba
y rebrama el aquilon,
cuando es mi pecho una tumba,
donde yace moribunda
de mi dicha la ilusion.
De la vida en el arcano,
penetra la tempestad,
si ruge el destino insano,
el alma se agita en vano
y muere en la soledad.
Dóblola el ábrego crudo
de las pasiones mundanas;
sus esperanzas lozanas
las troncha el ímpetu rudo
de las desdichas humanas.
Misteriosas ilusiones
que nacen con el placer,
embriagan los corazones
llenándolos de emociones
que nunca han de comprender.
Mi alma con ansia loca

corrió tras una quimera;
quimera que nunca toca,
porque siempre se coloca
en la más opuesta esfera.
Que mi carrera al cruzar
con planta asáz atrevida,
hube siempre de encontrar
la alegría y el pesar
que juntos van en la vida.
¿Y qué es el mundo? un tormento;
¿qué es la vida? una tortura,
¿y el amor? un sentimiento
mezcla de fé y de amargura
y mezcla de sufrimiento.
De una perfeccion soñada
la humanidad corre en pos.
y así marcha enajenada,
en su ilusion embriagada
y corre... y corre... hácia Dios.

ESCENA CUARTA.

Horacio, D. Mamerto.

D. MAMERTO.

Pero qué génio ¡Dios mio!
no se ha visto cosa igual.
¡Oh! ¿qué espíritu infernal
produce su desvarío?

HORACIO.

¿Pues qué pasa? por favor
decidme.

D. MAMERTO.

Qué ha de suceder.

que ahora se empeña en vender,
la esclava.

HORACIO (*contento*).

Mucho mejor,
Azella aqui no conviene;
su carácter triste, adusto,
no puede á Rosa dar gusto.
Vendedla ¿qué os detiene?

D. MAMERTO.

¿Lo apruebas?

HORACIO.

Pues ya lo creo.
Así rompo sus cadenas (*aparte*).
Vendédmela y fuera penas; (*alto*)
la mando á España y *laus deo*.

D. MAMERTO.

¿Yo vender? ¡pobre de mí!
no toco flauta ni pito,
yo nada soy, te repito,
nada represento aquí.
Rosa es el jefe absoluto
de su casa y de su hacienda;
y por no tener contienda
tambien la rindo tributo.
Huérfana desde la cuna,
y riquísima heredera,
se ha conservado soltera
mimada por la fortuna.
Fuí su tutor cuando niña,
y hoy tiene sobrada edad
y mucho génio en verdad
para que nadie la riña

HORACIO.

De manera que el asunto... (*pensativo*

D. MAMERTO.

Has de ventilar con ella,
si quieres comprar á Azella,
no te detengas un punto,
que órdenes dió al capataz
para la venta.

HORACIO.

Ella viene.

D. MAMERTO.

Y qué mala cara tiene;
que tengais la fiesta en paz.

ESCENA QUINTA.

Horacio, Rosa.

HORACIO.

¿Has descansado?

ROSA.

No bien,
me encuentro débil, nerviosa.

HORACIO.

Es que tu viveza, Rosa
tiene la culpa tambien.

ROSA.

Esos esclavos odiosos
me irrritan y me trastornan,
y mi carácter trasforman;
¡qué dias tan angustiosos!

HORACIO.

¿Sufres?

ROSA.

De tal suerte
que no los puedo aguantar,
y es necesario acabar

con un martirio tan fuerte.

HORACIO.

De ello, prima, trataremos.

ROSA.

Dejémoslo; por favor;
ven, primo y de nuestro amor
tranquilamente hablaremos *(se sientan)*.

HORACIO *(aparte)*.

¡de nuestro amor!

ROSA.

¿No me amas ya?
Melancólico te miro;
lanza tu pecho un suspiro...

HORACIO *(aparte)*.

¡Oh: Dios¡ ¿si sospechará?

ROSA *(aparte*.

¡Se turba! pues á mis piés
he de rendirle á fé mia.

HORACIO.

Yo proponerte queria.
un asunto de interés.

ROSA.

¿De interés? Nada en el mundo
más que tu amor me interesa;
pero veo con sorpresa,
y en mis temores me fundo,
que este clima tropical,
que enciende de amor el alma,
á tí te ha dado la calma
de la Siberia glacial!

HORACIO.

Es mi génio; soy así,
frio, poco cariñoso ..

ROSA.

Un tanto ceremonioso...

HORACIO.

Perdona si te ofendí.

ROSA.

¿Ofenderme? No lo creo;
pero...

HORACIO.

Inadvertidamente.

ROSA.

Es verdad, pudo tu mente
sentir algun mal deseo,
ver reflejarse quizá,
de su fondo en el espejo,
la sombra de otro reflejo...
la imágen...

HORACIO (*aparte*).

¿Si acertará?
(*alto*) Volvamos á nuestro tema.

ROSA.

¿Al asunto de interés?
Veamos á ver ¿cuál es?
Conocer quiero el dilema,
¿es de amor? (*signo afirmativo de Horacio.*)
(*muy contenta*) ¡Lo presumí! (*aparte*).

HORACIO.

De amor á la humanidad.

ROSA.

Empieza la caridad,
¿por dónde mejor? por mí.

HORACIO.

Si hablarte, prima, quería,
no era de tí, sinó de ella.

ROSA.

¡Oh! *(contrariada).*

HORACIO.

La suerte de Azella
me contrista, amiga mia.

ROSA.

Más debiera lastimarte
esta ansiedad en que vivo,
¡Pobre corazon cautivo!

HORACIO.

No tienes de qué quejarte,
¿Qué te falta? Eres dichosa,
libre, rica y admirada

ROSA.

Me faltaba ser amada
y no lo soy.

HORACIO.

Basta, Rosa.

ROSA *(aparte).*

Insistir sería en vano
(allo.) Y bien, ¿cuál es tu deseo?
aunque bien claro lo veo
en las líneas de tu mano.

HORACIO.

¿Eres adivina?

ROSA.

Acaso,
y maga; más no hechicera;
tú sueñas con la quimera
de un sol que está en el ocaso,

HORACIO.

¿El ocaso?

ROSA.

Justamente;

de la dicha prometida,
¿pretendes que yo decida
la cuestion? Está corriente.
¿Tú quieres?

HORACIO.

Su libertad.
Lástima me inspira y pena
y por eso su cadena
romper quisiera en verdad.

ROSA.

¡qué compasivo! (*irónica.*)

HORACIO.

Si á fé;
compasion es lo que siento.

ROSA.

¿Y por ese sentimiento
darás mil pesos?

HORACIO.

Daré,
no sólo mil sinó doble.

ROSA.

¿El rescate es por los dos?

HORACIO.

Claro está.

ROSA.

Válgame Dios;
es un arranque muy noble.

HORACIO.

¿Lo juzgas tal?

ROSA.

Desde luego.
pero no soy generosa,
y si he de ser yo tu esposa,

¿cómo se arregla este juego?
¿Dos mil pesos? ahí es nada,
arrojar un capital...

HORACIO.

¿Qué te importa?

ROSA.

Pues, cabal;
siendo tan interesada
supondrás que no me avengo
á que expongas tu fortuna,
pues ambas han de ser una
siendo mi esposo... (*con intencion*).

HORACIO.

Convengo;
pero aquí no puede estar
Azella, ni Ruderico.

ROSA.

Eso tambien me lo explico;
déjamelo á mí arreglar.

HORACIO.

Véndemelos.

ROSA.

¡Linda hazaña!
¿y para qué los querías?

HORACIO.

Para que acaben sus dias...

ROSA.

¿En dónde?

HORACIO.

En Francia, en España...

ROSA.

Ilusiones, primo mio;
abandona esa quimera;

tendré yo que izar bandera
y cortar tu desvario.

HORACIO.

Esa negra esclavitud,
baldon de la humanidad,
me hace daño...

ROSA.

¡Por piedad!
¿habrás de evitarla tú?
Deja que el mundo en su giro
arrastre tales sonrojos.

HORACIO.

Que no lo vean mis ojos
porque yo de angustia espiro.
Esa niña blanca y pura....

ROSA.

insolente y altanera.

HORACIO.

Humilde, tierna, sincera.

ROSA.

Indómita criatura
de abyecta raza...

HORACIO.

¡Eso no!
que si es abyecta la suya
mezclada á la raza tuya
está desde que nació.
Libre ha de ser.

ROSA.

No por tí;
que tu fortuna es la mia,
y es demasiada porfía
querer prodigarla así.
¡qué locura!

HORACIO.

¿Dos mil pesos,
no soy dueño de arrojar
por un capricho al azar?

ROSA.

Me disgustan los excesos.
Concluyamos.

HORACIO.

Para Azella
de libertad dame carta.

ROSA.

Que ya mi paciencia es harta,
presumo. ¡Todo por ella!

HORACIO.

¡Niña infeliz! (*levantándose*).

ROSA.

¿Eso más?

HORACIO.

¿Me la vendes?

ROSA.

(*levantándose*) Basta.

HORACIO.

Rosa,
te juzgué más generosa.

ROSA.

¿La amas? (*celosa*).

HORACIO.

¿No cedes?

ROSA.

Jamás.

ESCENA SEXTA.

Horacio, *despues* **Azella**.

HORACIO.

¡Fingirla amor! ¡Oh, Dios mio!
imposible, yo no puedo;
si sólo me inspira miedo,
y repulsion y desvío.
Indómita y altanera,
de Azella tiene en sus manos
la libertad, y son vanos
los ruegos que yo la hiciera.
Está celosa; en mi pecho
la indiferencia leyó,
y en su rostro se pintó
la cólera y el despecho.

AZELLA.

¡Ay! ¿Será cierto, señor?
¿es mi suerte tan cruel,
que habré de apurar la hiel
del más amargo dolor?

HORACIO.

Azella, ¿por qué en tus ojos
veo la pena y el llanto?
¿qué motiva tu quebranto?

AZELLA.

No eran bastantes sonrojos
la esclavitud humillante
que nuestra frente abatía,
que aún la torpe mercancía
he de ser de un traficante?

HORACIO.

¿Qué dices?

AZELLA.

El capataz
órden tiene de venderme.

HORACIO.

¡Imposible!

AZELLA.

Y es perderme,
que de todo soy capaz.
Si á Pedro Antonio me llevan,
á ese verdugo inhumano;
si me apartan de mi hermano,
¡Oh, Dios!

HORACIO.

Quizá no se atrevan.
¿Llegará su encono á tanto?
Lo dudo.

AZELLA.

¡Negro destino!
¿Por qué siempre mi camino
está regado con llanto?

HORACIO.

Cese tu acerbo pesar,
que la risueña esperanza
nos presenta en lontananza
sus reflejos en el mar.
Si no consigo comprarte,
que es mi deseo ferviente,
aunque me haga delincuente,
yo me prometo salvarte;
oye atenta (*aproximándose*).

AZELLA.

¿De qué modo?

HORACIO.

Esta noche cuando el cielo

tienda su fúnebre velo,
arrostraremos por todo.

AZELLA.

¿La fuga?

HORACIO.

Sí; por tu bien,
y no será grande hazaña,
marcharás con rumbo á España.

AZELLA.

¿Irá mi hermano tambien?

HORACIO.

A tal mi poder no alcanza;
irás tú sola esta vez;
luego más tarde tal vez.

AZELLA.

Adios, soñada esperanza;
sola. ¿do voy?

HORACIO.

¡Por piedad!
que fuera inútil tu empeño.

AZELLA.

Sin mi hermano, sin mi dueño,
perdida en la inmensidad
de aquellos mares remotos,
¿qué de mi vida sería?
¡Pobre arista! ¿Dónde iría
por esos mundos ignotos?

HORACIO.

Tendrás amigos, dinero,
¡oh! nada te faltará,
que mi apoyo te dará...

AZELLA.

Todo, ménos lo que quiero;
vuestro afecto puro y tierno,

y el de mi hermano tambien;
son mi luz, mi sólo bien.

HORACIO.

Pero el mal no será eterno.
Te irás en una fragata
que zarpa esta misma noche:
mi criado con un coche
te llevará.

AZELLA.

Así desata
los lazos de mi cadena,
de esta cadena ominosa.
Gracias, señor, ¡cuán hermosa
ilusion el alma llena!

HORACIO.

Voy una carta á escribir
al capitan, que es mi amigo (*váse*).

AZELLA.

El cielo vaya contigo,
y alumbre mi porvenir (*se va por otro lado*).

ESCENA SÉTIMA.

Ruderico, Restituto.

RUDERICO.

¿Qué dices? ¿Será verdad?

RESTITUTO.

El capataz me lo ha dicho,
y aunque le juzgo un mal bicho,
creo en su veracidad.
Iba como alma que lleva
el mismísimo demonio
á casa de Pedro Antonio
á venderla.

RUDERICO.

Se subleva
mi razon, arde mi frente;
negra se pone mi alma,
y voy perdiendo la calma.
¡Perdonadme, Dios clemente!
¡Vendida, tambien vendida,
y cual mi madre infamada;
por último asesinada,
y para siempre perdida!

RESTITUTO.

¡Infelices! siénto aquí (*en el pecho*)
un escozor singular;
yo los quisiera aliviar,
que sus pesares sentí:
pero qué diablos, no tengo...
vamos á ver, ocho... doce
con veinticuatro y catorce...
(*contando por los dedos*).

RUDERICO.

¡No sé cómo me contengo!

RESTITUTO.

Quinientos pesos, cabales;
esos mis ahorrillos son,
¿los quieres? De corazon;
son mis ofertas, leales.

RUDERICO.

¡A Pedro Antonio! ¡Dios mio!

RESTITUTO.

Conozco que esto es muy poco...
ni me hace caso, está loco!

RUDERICO.

¡Azella! ¡Yo desvarío! (*cae en un asiento, abrumado por el dolor*).

ESCENA OCTAVA.

Los mismos y **Horacio.**

HORACIO.

Esta carta á llevar vas,
y que es urgente te advierto.

RESTITUTO.

Al capitan... en el puerto... (*leyendo el sobre*)

HORACIO.

Andando lo leerás;
y reserva y discrecion,
y ligereza estremada.
si esa niña desgraciada
no ha de perder la ocasion.

RESTITUTO.

¿Es por ella? al punto voy,
seré un pájaro, una ardilla,
y ya del mar en la orilla,
su merced dirá quién soy (*váse*).

HORACIO.

Su suerte á la mia enlazo,
porque su vida es mi vida,
y la señal de partida
anunciará un cañonazo.

ESCENA NOVENA.

Horacio y Ruderico.

HORACIO.

Ruderico, ese pesar, (*acercándose*)
esa honda preocupacion,
esas lágrimas ¿qué son?
¿A dónde van á parar?

RUDERICO (*levantándose*).

Señor, se rompe mi pecho

á impulsos de dolor fiero,
y yo la muerte prefiero
á este vendabal deshecho.
¿Para qué sirve la vida
sin la hermosa libertad?
¡Luchar con la adversidad
y no ganar la partida!
¡Vivir en martirio lento!

HORACIO.

¡El alma es libre!

RUDERICO.

Eso sí;
la siento salir de aquí. (*del corazon*)
en álas del pensamiento.
¿Qué de los hombres los lazos
importan, ni las traiciones,
ni estos fuertes eslabones
con que encadenan mis brazos?
¿Qué me importan, si hasta Dios,
elevar puedo mi alma?

HORACIO.

Y te ceñirás la palma
si vas de su luz en pos;
cese, pues, ese iracundo
encono punzante y frio;
despeja el ceño sombrío;
el sol es astro fecundo.

RUDERICO.

Su ardor reanima mi fe,
más pura brilla mi estrella;
pero, señor, de mi Azella
en este apuro ¿qué haré?
¡Oh! ¿qué haré? ¡Viven los cielos:
cuando la niña Rosita,

á un abismo precipita
á la infeliz con sus celos!

HORACIO.

Se salvará, no lo dudes.

RUDERICO.

¡Salvarse! ¿Quién me lo fía?
A la triste hermana mia,
no le sirven sus virtudes.
Irá á la horrible guarida
de ese negrero cruel,
y beberá amarga hiel.
hasta que pierda la vida.

HORACIO.

No delires, por favor,
que á España la mandaremos,
y luego la seguiremos,
libres de todo temor.

RUDERICO.

¡Bendita; bendita sea
esa esperanza preciosa,
¿Y lo sabrá niña Rosa?

HORACIO.

Preciso es que no lo vea.
Ocultemos el secreto,
y en las sombras de la noche,
Azella se irá en un coche
al muelle, yo lo prometo.

RUDERICO.

¡Gracias, señor! ¡Oh! qué peso
se me ha quitado del alma,
ya puedo cobrar la calma
de mi dicha en el exceso.
Pero ved, que es delincuente
el esclavo que se huya;

HORACIO.

No tu conciencia me arguya,
que yo respondo.

RUDERICO.

Corriente,

HORACIO.

Si no consigo compraros,
que lo intento con afan,
veré con un capitan
amigo, de libertaros.
Busca á Azella, te lo ruego,
y reanima su valor,
que no la abata el dolor.

RUDERICO.

¡Oh; mil gracias!

HORACIO.

Hasta luego.

ESCENA DIEZ.

Horacio, D. Mamerto.

D. MAMERTO.

¿Pero qué le has hecho á Rosa,
que está como un basilisco,
los muebles haciendo cisco?
Patea, grita furiosa,
de los cabellos se tira,
y en su desesperacion,
va á hecharse por un balcon.

HORACIO.

Eso es, tio, que delira;
dejémosla delirar.

D. MAMERTO.

Sí; pues á fe de Mamerto,
que de veras me divierto
con genio tan singular...

¡Yo que anhelé tu venida
para calmar su altiveza,
y así que llegas, empieza
escena tan divertida!
¿Y qué le has hecho, veamos?

HORACIO.

Se ha negado á mi deseo.

D. MAMERTO.

Pues hijo, malo lo veo;
en paz la fiesta tengamos.
¿Y será la causa Azella?

HORACIO.

Sí, señor: es que pretendo
su libertad, y no entiendo
de otra cosa que de ella.
Rosa ya quiere mandar
en mi albedrío y mi hacienda,
y es necesario que aprenda
mi capricho á respetar.

D. MAMERTO.

¡Caprichos! esas tenemos;
pues tempranito empezais;
si por esa senda vais,
al fin nunca llegaremos.
Tiene la cabeza dura,
tan dura como esta piedra.
(*Tocando en un velador de mármol*).

HORACIO.

Entónces yo soy la hiedra
que en el olmo se asegura.

D. MAMERTO.

Qué afan de mover querella
por cualquiera niñería.

HORACIO.

Yo la prometo, á fe mia,
que libre ha de ser Azella.

D. MAMERTO.

Lo será si tú te empeñas;
á dudarlo no me atrevo,
y no será nada nuevo;
el agua quebranta peñas.
Mas ten en cuenta, hijo mio,
que no veo fácil cosa
doblar la altivez de Rosa,
que es un torrente bravío.
Pudiera ser que se ablande,
con dulzura y con paciencia;
yo interpondré mi influencia,
por más que no sea grande.

HORACIO.

Desde luego, sí por Dios;
tio, en sus manos lo dejo;
pero ella viene... me alejo.

D. MAMERTO.

¿Verla no quieres?

HORACIO.

Adios.

ESCENA ONCE.

Rosa, D. Mamerto.

ROSA.

¡Huye de mí! (*viéndole desaparecer*).

D. MAMERTO.

¡Rosa mia;
estás triste, demudada.

ROSA.

Estoy de vivir cansada

en esta horrible agonía.

D. MAMERTO.

Sufres, y al sufrir me apenas,
porque no puedo advertir
tus dolores, sin sentir,
más que las mias, tus penas.

ROSA.

¡Tio amado! Ya en mi pecho
la ponzoña se albergó;
amo á Horacio, y si él me amó
el ídolo está deshecho.

D. MAMERTO.

¡Deshacerse!.. si te ama
lo mismo que el primer dia,
¿así se apaga, hija mia,
del fuego la ardiente llama?

ROSA.

Si eso siente, por ventura,
entónces, ¿por qué se aleja?
¿Por qué se marcha y me deja
sumida en honda tortura?
Toda mi dicha cifré
en esta boda anhelada,
largo tiempo proyectada,
y en la que tanto soñé.
Pero en raudo torbellino
corre mi hermosa esperanza,
ya la miro en lontananza,
y perderla es mi destino.

D. MAMERTO.

No, por Dios; calma tu duelo,
y hablemos sin prevencion,
¿por qué has sido la cuestion;
cuéntamelo sin recelo.

ROSA.

Por esa esclava importuna,
que ya mi desdicha tege;
esa á quien tanto proteje;
por quien diera su fortuna.

D. MAMERTO.

Si al espíritu se mira
de la cosa, es en verdad
todo ello una nimiedad.

ROSA.

Es la rueda donde gira
mi bienandanza futura,
es de mi bien ó mi mal.
la cifra, exacta, real...

D. MAMERTO.

Pero escucha, criatura;
ten presente que en España
no se conoce el esclavo,
y que Horacio, al fin y al cabo,
estas costumbres extraña.
Tocado de honda piedad
su corazon generoso,
se la hechó de dadivoso,
y ofreció su libertad.
Y cualquiera así lo haría,
al ver dos séres tan bellos,
que reflejan los destellos
de ciencia y sabiduría.

ROSA.

Tambien mi encono provoca
al juzgarlos de ese modo;
tio, duélenme ante todo
las lisonjas en su boca.

D. MAMERTO.

Con afan tu pecho lidia
en su furor enconado,
y pienso con desagrado,
Rosa, que tienes envidia.

ROSA.

¡Envidia yo! no señor!
no conozco esos recelos.

D. MAMERTO.

Pues entónces, serán celos,
celos, que nacen de amor.
Y si es verdad que le amas,
sé generosa y sé buena,
porque el mundo no condena
el fuego, sinó las llamas.

ROSA.

¿Y qué he de hacer?

D. MAMERTO.

Perdonar,
y no promover conflictos;
porque las cosas á gritos
no se suelen arreglar.

ROSA.

No puedo acceder, lo juro,
de Horacio al empeño loco.

D. MAMERTO.

Hija, te tienes en poco,
eso es lo que yo aseguro.
Si conquistar un marido
piensas con esa altivez,
te has engañado esta vez,
y tú te lo habrás querido.

ESCENA DOCE.

Dichos y el **Capataz.**

CAPATAZ.

Está ya, niña Rosita,
su deseo ejecutado.

ROSA.

¿La vendistes?

CAPATAZ.

Al contado;
por mil pesos, á la vista,
Pedro Antonio la compró,
que hace tiempo la quería.
¡Ah! no sabeis la alegría,
con que el dinero contó.

D. MAMERTO.

¡Jesús, María y José!
¡qué desgracia: pobre niña!

CAPATAZ.

Vuestra mercé no me riña;
fuí mandado.

D. MAMERTO.

Ya lo sé.

ROSA.

¿Y la escritura se hizo?

CAPATAZ.

Quedó allí el apoderado;
creo que ya habrán firmado,
pues su importe satisfízo.

ROSA (*al negro*).

Retírate. Fué preciso;
libre al fin me voy á ver:
que vaya ahora esa mujer
á romper el compromiso.

D. MAMERTO.

¡Oh: qué insigne crueldad;
vender la esclava á esos hombres,
que son tigres!

ROSA.

No los nombres;
de ello no hay necesidad.
Y además que no es tan fiero
como pintan el leon;
será una exageracion;
Pedro Antonio es caballero.

(*Al salir el Capataz se encuentra con Horacio en el fondo, y hablan miéntras dice Rosa los últimos versos, comprendiéndose por sus ademanes que le da cuenta de la venta consumada de Azella.*

ESCENA TRECE.

Rosa, Horacio, D. Mamerto.

ROSA.

Me iré como él hizo ántes
(*Va á retirarse, Horacio la detiene*).

D. MAMERTO.

¡Creo que la hicimos buena!
¡vaya una marimorena?

HORACIO (*á Rosa*).

Concédeme unos instantes.

ROSA.

Los que gustes, primo amado;
en ello tengo un placer.

HORACIO.

Rosa, acabo de saber,
que á Azella has enagenado;
¿es cierto?

ROSA.

¿Qué te interesa?
Yo mando en mi propiedad;
compro y vendo.

HORACIO.

¡Ay; en verdad;
que haber venido me pesa!
quisiera hablar y no puedo;
porque eres una señora,
digo mal, una traidora,
á quien tengo...

ROSA (*con esperanza*).

¿Amor?

HORACIO (*resuelto*)

No; miedo;
el amor que yo sentía
se desvaneció cual humo.

ROSA.

El orígen yà presumo
de la desventura mia;
pero no importa gran cosa;
lo digo sin que te asombre;
¿qué puede ofrecer un hombre
de condicion veleidosa?

HORACIO.

Ni qué puede una mujer
que abriga en su alma altanera
la crueldad por bandera,
atributo de su ser.

D. MAMERTO.

¡Vamos, Horacio, por Dios,
calma tu furor te ruego.

HORACIO.

Perdonadme; sí estoy ciego;

vine á deciros adios.

ROSA (*alarmada*).

Pues qué te irás?

HORACIO.

Es lo cierto;
¡vivir yo en esta agonía,
entre esclavos noche y dia!
¡Hola! mi equipaje al puerto.
(*A unos negros que pasan por el fondo*).

ROSA.

¿Y así rompes nuestros lazos?

HORACIO.

¿Yo romperlos? Fuiste tú.

D. MAMERTO

¡Por vida de Belcebú;
sobrino, dame esos brazos,
y cese todo.

HORACIO.

Jamás:
está rota la alianza,
y perdida mi esperanza
me marcho y no vuelvo más.

ESCENA CATORCE.

Dichos, **Azella** *y negros, y al final de la escena* **Ruderico.**

AZELLA.

¡Horacio! ¿no hay ya remedio?
¿Es verdad lo que pregonan?
Hay almas que no perdonan,
y de herir buscan el medio!
¿Pertenezco á Pedro Antonio?
decidlo, aunque no os cuadre,
al verdugo de mi madre.

de ello tengo testimonio.
¿El negrero enriquecido,
con sangre pura, inocente
habrá de sellar mi frente
con su ósculo maldecido?
Decídmelo, todos callan
y me miran con piedad, ...
menos ella, ¡que crueldad!
con sus instintos batallan.

ROSA.

Llevad á esa esclava. (*á los negros.*)

HORACIO. (*acercándose*)

¡Azella!
calma tu delirio insano.

ROSA.

¡Oh, Dios y le da la mano! (*furiosa,*)

AZELLA.

Fuego su vista destella. (*desprendiendose de Horacio, vá hacia Rosa*)
que en mi suplicio te goces
es un láuro muy glorioso
si de un corazon hermoso,
los impulsos desconoces.

ROSA.

¡Oh! basta.

AZELLA.

Silencio puedes
hoy imponer á mi labio;
pero has de sentir mi agravio,
y llorarlo si no cedes;
con esa altivéz bravía,
y tus celos me das muerte,
¿pero qué importa mi suerte
si soy feliz... (*risa convulsiva*)

HORACIO. (*Aproximándose.*)
¡Desvaría!

AZELLA.

En aras de tu capricho
vendes mi pobre envoltura;
pero el alma libre y pura
sube al cielo...

ROSA.

(*A los negros.*) Ya lo he dicho;
llevadla, esclavos, de aquí.
(*Los negros la rodean.*)

D. MAMERTO.

¡Pobre niña!

HORACIO.

(*Interponiéndose.*) ¡Despejad!
Yo ampararé su orfandad;
apóyate, Azella, en mí.
(*Toma el brazo de Azella y le pone en el suyo.*)

AZELLA.

¡Oh! ¡Gracias! Ya no estoy sola
en este mundo cruel.
¡Permitid, Dios de Israel,
que muera en sus brazos!

ROSA.

(*A los negros.*) ¡Hola!
Cumplid pronto mis mandatos,
no consiento tal sonrojo.

HORACIO.

¡Atrás! Probareis mi enojo
si os acercais, mentecatos. (*Rechazándolos.*)

AZELLA.

¡Yo muero! Dolor agudo
invade mi corazon.

RUDERICO.

¡Hermana! *(Aparece en segundo término y la señala el cielo con la mano).*

AZELLA.

¡Tienes razon! *(cae desmayada).*

HORACIO.

¡Mi pecho será tu escudo! *(cogiéndola en sus brazos.) (Cuadro; quedan formando tres grupos: á la derecha Horacio con Azella; detrás los negros. A la izquierda Rosa en actitud allanera y á su lado D. Mamerto. En el centro Ruderico en actitud trágica, señalando al cielo.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala elegante del ingenio. A la izquierda puerta que comunica con el exterior, y un balcon en primer término. A la derecha dos puertas. En el fondo una puerta grande de dos hojas que dá frente al espectador. Estando abierta se vé una galería y los árboles del jardin: anochece.

ESCENA PRIMERA.

Horacio, Ruderico.

HORACIO.

Paciencia, digo, y valor,
lo he repetido cien veces.

RUDERICO.

Si agoté ya hasta las heces
esta copa de dolor.
Y no viene...

HORACIO.

La esperanza
no hay que perder todavía.

RUDERICO.

Ya va declinando el dia,
y me asusta su tardanza.

HORACIO.

No es tarde. Sin duda alguna,
al capitan no encontró.

RUDERICO.

¿Y si se niega?

HORACIO.

Eso no;

tal sospecha es importuna.
El capitan es mi amigo,
y mil favores me debe.
Además, él no se atreve
á ponerse mal conmigo.

RUDERICO.

Dios ayude su intencion;
pero es á lo que yo entiendo.
señor, un crímen horrendo,
hacer á la ley traicion:
como una vil mercancía
se considera á mi raza.

HORACIO.

Si halláramos una traza,
al punto la intentaría (*pensativo*).
Me ocurre otro medio.
A Pedro Antonio veré,
su codicia tentaré,
y quizá tenga remedio.

RUDERICO.

Ese inhumano negrero,
es tan feroz como rico.

HORACIO.

Mis esperanzas no abdico
de arreglarlo con dinero.

RUDERICO.

¡Cuánta bondad! ¡Ah, señor;
suyos con placer seremos,
y á su lado viviremos,
libres de todo temor.
Mi triste, mi pobre Azella,
se vuelve loca delira,
gime angustiada, suspira,
y conmueve su querella.

HORACIO.

Ve sus penas á calmar,
que no lleguen al extremo,
si en el instante supremo
el valor le ha de faltar.
En tanto á mi comision,
iré con empeño loco,
á ver si á un negrero toco
en medio del corazon.

RUDERICO.

¿Y si Restituto viene?

HORACIO.

Si sus noticias son buenas,
y á romper vuestras cadenas
el comandante se aviene
idos pronto.

RUDERICO.

Sí, por Dios.

HORACIO.

Urge la fuga de Azella.

RUDERICO.

¡Si así lo quiere su estrella
magnánimo amigo!

HORACIO. *(estrechándole la mano)*

¡Adios!

ESCENA SEGUNDA.

Azella, Ruderico.

AZELLA.

¡Hermano!

RUDERICO.

¡Mi dulce bien!

AZELLA.

Con tus ausencias me enojas,
presa de amargas congojas
te buscaba.

RUDERICO.

Y yo tambien.

AZELLA.

Allá en la estancia sombría
donde el aire se enrarece,
siento que mi duelo crece
y me agito en la agonia.
Llorar quisiera y no puedo
y se turba mi razon....
estalla mi corazon
¡ay hermano y tengo miedo!..

RUDERICO.

¡Miedo! ¿y de qué?

AZELLA.

De la vída;
que es un tormento vivir;
¡anhelo tanto morir!

RUDERICO.

Tú morir ¡niña querida!
¡tú tan jóven, tan hermosa!

AZELLA.

Funesta hermosura á fé;
¿dónde en la tierra hallaré
tranquilidad venturosa?

RUDERICO.

De amor en los dulces brazos
se halla suavísima calma.

AZELLA.

No encuentra su amor el alma
sujeta á tan férreos lazos.

RUDERICO.

¡Si la vida es el amor!

AZELLA.

La vida es la libertad!
En esta cautividad
sólo hay perpétuo dolor,

RUDERICO.

Te salvarás, yo lo flo.

AZELLA.

¿Lo flas?

RUDERICO.

Más bien lo espero.

AZELLA.

Si nuestro destino flero,
tiene un ceño tan sombrio!
Funesto presentimiento
oprime mi corazon;
¡Salvarnos! ¡cuanta ilusion!
y qué triste pensamiento.

RUDERICO.

Conflo siempre en Horacio.

AZELLA.

Y yo! pero se me alcanza
que fallida su esperanza
he de morir.

RUDERICO.

No despacio...
ten calma y espera, espera!

AZELLA.

¿Ves como cruzan las aves
(dirigiéndose al balcon.)
alzando conciertos suaves
por esa radiante esfera?
¡Y cual gozan á su paso

de la libertad el sol!
¿Ves el púrpureo arrebol
tornasolando el ocaso?
En el agua se estremecen
y nadan á su albedrío
los peces, y cabe el rio
esbeltas palmas florecen?
¿Ves la liebre, el cervatillo,
como triscan en el monte?
¿Ves el pintado sinsonte,
el mayito, el corderillo?
Las tojosas, en sus nidos
sobre la plácida fuente,
y hasta la mansa corriente
con sus estraños gemidos?
Todos de la libertad
gozan el placer tan grande,
y no hay nadie que se ablande.
de nuestra cautividad?
El esclavo, ser inerte
por los hombres destinado
á vivir encadenado!
¿Y esto es vida?

RUDERICO.

Esto es muerte
porque al nacer á la vida
venimos aquí á sufrir;
La tumba de otro existir,
es el punto de partida;
pero queda libre el alma,

AZELLA.

Y la voluntad tambien,
Hermano, escucháme ¡ven!

pero escuchame con calma.
(*Se lleva al centro y dice con energia.*)
que harás, dí; si ese negrero,
de nuestra madre asesino
dispone de mi destino?

RUDERICO.

calla, pensarlo no quiero.

AZELLA.

Lo exijo; tu pensamiento
debo hermano, conocer.

RUDERICO.

¡Oh! mataré á esa mujer.

AZELLA.

Y luego irás al tormento,
dejándome en la afliccion;
Y esa pequeña venganza
no me dará la esperanza
de una eterna salvacion.

RUDERICO.

¿Y qué haré? ¿matarle á él?
eso sí; mueran los dos,
lo prometo, ¡vive Dios!

AZELLA.

Tu no serás tan cruel;
perdonálos, te le ruego,
como Jesús perdonaba
y á sus verdugos amaba.

RUDERICO.

Eso sería estar ciego.

AZELLA.

Te pierdes y á mi me dejas
en poder de sus hermanos,
que son fieras, son tiranos.

RUDERICO.

Escucha, Señor, mis quejas *(invocacion,)*
apiadate, Dios Clemente,
de mi dolor sin segundo.

AZELLA.

¿Si quedo sola en el mundo
que será de mi?

RUDERICO.

Detente;
y déjame Azella en paz
que falta luz á mis ojos.

AZELLA.

Espuesta á negros sonrojos
á merced de un capatáz,
Y como á la madre mía...
te acuerdas de nuestra madre,
cuando murió nuestro padre
dejándola en la agonía?
Y llegó Pedro y osado
y atrevido y altanero
esclamó; venga; la quiero
que para eso la he comprado.
Y ella, pura, blanca, hermosa,
al verse en horribles lazos
se arrancó de nuestros brazos
loca, espirante, furiosa.
¿Te acuerdas?

RUDERICO.

¡Oh! calla; calla!..

AZELLA.

«No iré, decia, mis hijos
que son mis duelos prolijos
dejadmelos!..,»

RUDERICO.

¡Ay! estalla
de pena mi corazon!

AZELLA.

«Que son mi único consuelo;
en la tierra y en el cielo,
no me los quiteis ¡perdon!»
y corria y se alejaba
en iracundo coraje;
en giras rasgado el traje
bajo un árbol se ocultaba.
Y los viles, solo ellos,
la sacaron arrastrando,
en las espinos quedando
enganchados sus cabellos.
Las manos ensangrentadas
de agarrarse á los juncales...

RUDERICO.

Si la ví en los cafetales
con las carnes maceradas.
No aumentes mi frenesí,
no, por Dios, te lo suplico.

AZELLA.

Pues, júrame, Ruderico
que no he de verme yo así.

RUDERICO.

El morirá.

AZELLA.

Y no lo evitas,
siempre mi cadena queda;
rómpela.

RUDERICO.

Falta que pueda.

AZELLA.

Este puñal precipitas
en mis entrañas *(le dá uno.)*

RUDERICO.

Jamás.
¿Tú morir? ¡hermana mia!
tú mi encanto, mi alegría;
eso no; tú vivirás.

AZELLA.

Siendo libre viviré
si tal lo quiere mi suerte;
pero sino con la muerte
mi cadena romperé.

RUDERICO.

¿Y no la temes?

AZELLA.

¡Temerla!
cuando es el seguro puerto;
si es la palma en el desierto,
¡qué he de hacer, sinó quererla!
Dulce me será á tus manos,
hermano mio, morir;
es preferible á vivir
esclava de esos tiranos.

RUDERICO.

Tú sola no; moriremos
los dos, que la muerte imploro,
como el único tesoro
que en este mundo tendremos.
¡Pero ántes de esto, á luchar,
que la vida es el amor!

ESCENA TERCERA.

Dichos y **Restituto.**

Entra haciéndose aire con el sombrero, los dos hermanos le rodean.

RESTITUTO.

¡Jesucristo; qué calor!
Esto se llama sudar.

RUDERICO.

Te esperamos con afan;
¿qué traes?

AZELLA.

¡Negro destino!

RESTITUTO.

Negro no; ¡qué desatino!

RUDERICO.

Dí, ¿consíente el capitan?

RESTITUTO.

Consiente...

AZELLA.

(*dudando*) ¡Pero Dios mio!

RESTITUTO.

En salvar tan sólo á Azella.

RUDERICO,

Ya no es tan negra tu estrella.
¿Ves, hermana?

AZELLA.

Aún desconfio.
¿Y he de salvarme yo sola?

RESTITUTO.

Tú si; los demás no importa,
que la travesia es corta,
y vas á tierra española.

Y no hay tiempo que perder
que leva el ancla esta noche,
en la esquina tenga un coche,
vamos, pues...

AZELLA.

No puede ser.

RESTITUTO.

¿Y á qué son esos estremos?

AZELLA.

Es que aguardamos á Horacio

RESTITUTO.

Entónces vamos despacio:
¿y si no viene, qué haremos?

RUDERICO.

Vete; hermana, tú no puedes
esperar; fuerza es partir
que el negrero ha de venir
y arriesgarte así no debes.

RESTITUTO.

Vamos que la noche oscura
se va poniendo en verdad. (*anochece*)

RUDERICO.

Mejor es la oscuridad
para ocultarse.

AZELLA.

Es locura,
que haya de partir sin tí,
¡ay! no puedõ; ¡sufro tanto!

RUDERICO.

Enjuga, hermana tu llanto
siquieres salvarme á mí.
Yo iré detrás, y á lo lejos
mi alma te seguirá

RESTITUTO.

Que Pedro Antonio vendrá:
estaros asi, ¡perplejos!
Y qué niña Rosa os vea.

AZELLA.

Ampáranos, ¡Jesús mio! (*decidiéndose.*)
en tu justícia confio.

RUDERICO.

¡Salvada! ¡bendito seas!

Van á salir y se presenta por la misma puerta Rosa y por el lado opuesto un negro con dos candelabros y bujías encendidas.

ESCENA CUARTA.

Dichos, **Rosa**, *y esclavas negras.*

RESTITUTO.

Los cazó.

ROSA.

¿Dónde vais?

AZELLA. *(trémula!)*

No sé.

ROSA *(aparte.)*

Turbados sin duda están.
¿Preparabais algun plan? (*alto*)

AZELLA.

Oh! no señora...

RESTITUTO.

No á fé

RUDERICO *(aparte.)*

¡Picarona!

ROSA (*á Restituto.*)

Tambien tú
con ellos conspirarias.

RESTITUTO.

¿Con estos yo? ¡boberias!
señora, ¡por Belcebú!

RUDERICO.

Mi venganza llega, (*amenazando á Rosa con el puñal, que no lo vé por haberse tendido indolentemente en una mecedora ó hamaca. Las negras la rodean haciéndola aire con el abanico y otras se sientan á sus piés.*

AZELLA (*conteniéndole.*)

¡Hermano!

RESTITUTO.

¡Idos! yo la entretendré (*á Ruderico.*)

RUDERICO.

Dejadme; la mataré.

RESTITUTO (*á Ruderico*)

Luego te aprietan, es llano,
(*llevándose la mano al cuello*)

ROSA.

¿Qué haceis?

AZELLA (*adelantándose*).

Espero su aviso.

RESTITUTO.

¿Se pueden ir á cenar?

RUDERICO (*aparte.*)

Oh! si la tengo de ahogar!

AZELLA.

¡Ruderico! (*conteniéndole.*)

ROSA.

No es preciso;
cenará en su nueva casa.

AZELLA.

¡Señora! ¡niña Rosita! (*adelantándose*)
(*aparte*) ¡qué valor se necesita!

ROSA.

Oh, la cólera me abrasa, *(viéndola cerca.)*

AZELLA.

Pronto iré de un nuevo dueño
á ser la vil mercancía,
pero ántes, señora mia,
os he de contar un sueño.

ROSA.

Déjame.

AZELLA.

Pocos momentos
robaré á vuestra atencion,
escuchad, no es ilusion.

ROSA.

Será el cuento de los cuentos.

AZELLA.

Soñaba que en el espacio
donde residen las almas,
donde hay coronas y palmas
de zafiro y de topacio.
En esa bóveda azul
de la esfera sideral
donde un mundo inmaterial
se agita en nubes de tul.
Ambas llegamos un dia,
no muy lejano en verdad,
yo con mi triste humildad,
vos llena de altanería.
Allí la ley de justicia
nos igualaba á las dos...

ROSA.

¡Igualarnos! ¡qué delicia!

AZELLA.

¡Ah! ¡reid! si en su demencia

se ha llegado á imaginar,
que siempre habrá de triunfar
pregúntele á su conciencia.
No en la tierra terminamos
con las luchas del dolor;
hay otro mundo mejor.

ROSA.

Este, donde nos hallamos.

AZELLA.

Donde se premia, y castiga
la virtud y la maldad;
la soberbia y la humildad...

ROSA.

Ya tu charla me fatiga.

AZELLA.

Allí, señora, hay un Dios,
que vela por la inocencia.

ROSA.

Es ya mucha tu insolencia
os arrojaré á los dos.
(*Viendo acercarse á Ruderico.*)
Salid. (*Incorporándose.*)

RUDERICO.

Ven, nos iremos
que á la señora molestas!

ROSA.

Qué estúpidas gentes estas.

RESTITUTO.

Idos (*empujándolos.*)

RUDERICO (*aparte á Restituto.*)

Allí esperaremos (*señalando al jardin.*)

ESCENA QUINTA.

Rosa, Restituto.

ROSA.

¡Restituto! (*llamándole.*)

RESTITUTO.

¡Mi señora!

ROSA.

¿Y mi primo?

RESTITUTO.

No lo sé,
si quereis le buscaré.
Aquí estaba hace una hora.

ROSA.

Dile que verle deseo,
ántes de emprender el viaje. (*Pausa*)
¿Arregló ya el equipaje?

RESTITUTO.

¡Arreglarle! no lo creo.
Nada sé de esta partida
que me sorprende por cierto.

ROSA.

¿Pues no te ha enviado al puerto?
No me engañes.

RESTITUTO.

¡Por mi vida!
sí fuí solo á pasear.
¿Quiere verle su mercé?

ROSA.

Eso anhelo; búscale:
idos, quiero descansar, (*á las esclavas.*)

ESCENA SEXTA.

ROSA.

¡Ay! de mi orgullo, es preciso,
tengo que bajar un grado,
ó pierdo á mi bien amado,
cuando era mí paraiso.
Esta querella, él la quiso,
él provocó mi furor,
prodigando su favor
con insensata demencia,
y no vió mi inexperiencia
en las lides del amor.
Con delirio le adoraba,
desde niña fué mi encanto,
y le quise tanto, tanto,
que siempre con él soñaba;
pero qué digo le amaba;
le adoro todavía!..
si él es la esperanza mia,
mi sola consolacion;
si pierdo su corazon,
creo que me mataria.

ESCENA SÉTIMA.

Rosa *y el* **Capataz.**

CAPATAZ.

Amita, ya está corriente.

ROSA.

¿Qué dices?

CAPATAZ.

Hablo de Azella.

ROSA.

¡Qué martirio; siempre ella!
¡Y qué nécia es esta gente!

CAPATAZ.

Si la niña me perdona...
Me mandó el apoderado
á que trajese el recado.

ROSA.

Nada tu torpeza abona.
¿Y bien, qué?

CAPATAZ.

Ya la escritura
se firmó.

ROSA.

¿Y no se la llevan?

CAPATAZ.

Veremos ántes si aprueban
el nuevo trato.

ROSA.

Procura
hablar con más claridad,
que logogrifos no entiendo.

CAPATAZ.

Pero si lo estoy diciendo,
amita, yo la verdad.

ROSA.

¿Qué dices de nuevo trato,
que me confunde y me irrita?

CAPATAZ.

Que el primo, niña Rosita...

ROSA (*furiosa*).

¡Pero habla!

CAPATAZ.

Si no me atrevo.

ROSA.

Teme mi cólera, esclavo.

CAPATAZ.

Lo diré, pero despacio;
es que el señorito Horacio,
pretende comprarla.

ROSA.

Al cabo
con su empeño se saldrá.
¿Y qué dice Pedro Antonio?

CAPATAZ.

Ni al mismísimo demonio
creo que la cederá.
Y sin embargo, un tesoro
ofrece el peninsular:
¡ay! está loco de atar
y va derramando el oro.

ROSA.

¿Será posible, Dios mio?
¡Degradar así su nombre!..
¿Pero qué tiene ese hombre?
Me trastorna su desvío.
¡De qué modo esa mestiza
su corazon cautivó!

CAPATAZ.

Sin duda un filtro le dió,
que le enloquece y le hechiza.

ROSA.

Vete, y vive prevenido;
no me los pierdas de vista.

CAPATAZ.

Yo les seguiré la pista,
que para eso me he venido *(vase)*.

ROSA.

Mi corazon se subleva;
tengo celos, estoy loca;
esa mujer me provoca;
y hasta el infierno me lleva.

ESCENA OCTAVA.

Rosa *y* **Horacio.**

HORACIO *(sin ver á Rosa)*.

¡Todo en vano; cielo santo!
ni súplicas ni dinero
conmueven á ese negrero *(muy abatido)*.

ROSA *(aparte)*.

¡Ay: me duele su quebranto,
y me angustia su agonía!

HORACIO *(aparte)*.

Si Azella logra embarcarse,
y al fin consigue librarse,
yo la seguiré otro dia.

HORACIO *(viéndola)*.

¡Rosa!

ROSA *(acercándose)*.

¡Primo Horacio!..

HORACIO.

Habla.

ROSA.

Tú primero.

HORACIO.

Dí, *(recordando)*
¿á qué he venido yo aquí?

ROSA.

Siéntate; hablemos despacio.
(*ap.*) ¡Ay! Loco está, por mi vida,
y su delirio me apena (*Se sientan*).

HORACIO.

¿No sientes, Rosa, ver llena
de mi dolor la medida?

ROSA.

Perdona á mi orgullo extraño,
de su fiereza el alarde;
celosa estaba.

HORACIO.

Ya es tarde
para remediar el daño.

ROSA.

¡Ah! siempre tuvo remedio
el mal cuando se previno,
y si á evitarle me inclino,
ya encontraremos el medio.

HORACIO.

Sería hazaña gloriosa;
mas no veo la ocasion,
si el ódio en tu corazon
alzó su voz poderosa.

ROSA.

Si aún el dulcísimo halago
de purísimos amores,
pudiera verter sus flores
como en cristalino lago,
el sol derrama su luz;
si el amor con puro ambiente
vuelve á iluminar tu frente;
por el que murió en la cruz,
yo te juro, primo mio,

humillar mi sien altiva,
consagrando miéntras viva
á tu querer mi albedrío.
Una palabra no más,
que demuestre tu cariño:
si el amor es débil niño,
díme, Horacio, ¿me amarás!

HORACIO.

El amor es pura esencia
guardada en vaso esquisito,
y ese perfume bendito,
es la luz de la existencia.
Si por orgullo ó locura
esa esencia se evapora;
si el aura la descolora
y destruye su blancura;
si ya el viento se la lleva,
¿cómo puede el corazon
resistír esa atraccion
que al infinito la eleva?

ROSA.

¿Y si en el vaso vacío
otra esencia se encerrara?

HORACIO.

Entónces yo la guardara
con inmenso desvarío.

ROSA.

¿Y quieres su libertad?

HORACIO.

Y la quiero y la tendré.

ROSA (*levantándose iracunda*).

Pues no lo consentiré;
y basta ya de humildad.

Es mi destino cruel;
¿tú quieres guerra?

HORACIO.

La quiero,
que ántes de amarte prefiero
apurar copa de hiel.

(Pasan unos negros por el fondo con el equipaje de Horacio; éste se dirige á ellos.)

ROSA *(aparte)*.

¡Siento que arde mi mejilla!

HORACIO *(á los negros)*.

¿Vais al muelle? ¿Y Restituto?

UN NEGRO.

Aquí estaba hace un minuto *(salen)*.

ROSA.

Marcharte fuera mancilla.

HORACIO.

Adios; el aire de España
dará la paz á mi pecho.

ROSA *(aparte)*.

Siento el corazon deshecho,
y el llanto mis ojos baña.
(alto) Horacio, vuelve en tu acuerdo,
y termine la querella:
libre puede ser Azella.
No te marches... ¡ay, le pierdo!

(Va á salir Horacio y se presenta D. Mamerto, deteniéndose al escuchar los primeros versos).

ESCENA NOVENA.

Dichos, D. Mamerto.

D. MAMERTO.

¡Que nueva complicacion!
Te advierto con desagrado
que la esclava se ha fugado.

HORACIO. (*aparte.*)

¡Ay! respira corazon!

ROSA.

¿Ella libre? no, jamás;
su esclavitud me conviene,
que á Horacio nadie detiene
y ya se marcha detrás.
Corramos...

HORACIO.

Detén el paso (*interponiéndose*)
Ya mis temores abdico,
protégela; te suplico,

D. MAMERTO.

¡Y no haber previsto el caso!

ROSA.

Encontrarla será dable;
que la busquen al contado.

D. MAMERTO.

La vuelta al ingenio han dado,
Y tú eres la responsable;

HORACIO.

Yo su importe abonaré;
doblaré su precio en oro,

que nada importa un tesoro
cuando se pierde la fé.

ROSA.

¿Y suspenderás tu ida?
(*signo de asentimiento.*)
¿Y me amarás cual te amo?

HORACIO.

Si tu proteccion reclamo
ganando vas la partida.

ROSA (*aparte.*)

Este cambio no me esplico.

HORACIO (*aparte.*)

Tiempo á que se embarque demos;
que ya despues nos iremos
libertando á Ruderico.

D. Mamerto habrá abierto el balcon y Horacio se aproxima escuchando,

ROSA (*aparte.*)

¿Qué escucha con atencion?

D. MAMERTO.

Fuera encontrarla fortuna,
que se ha escondido la luna.
trás un denso nubarron.

HORACIO (*aparte.*)

Del cañon el estampido,
su triunfo me anunciará.

D. MAMERTO.

Qué furioso el mar está,
y el viento, ¡Jesús! qué ruido, (*entra y cierra la puerta de dos hojas de la galería que da frente al espectador, se oye el ruido del mar y el viento en su choque contra las rocas: Horacio sigue escuchando junto al balcon.*)

ROSA.

Vacilo; no sé qué hacer;
amor aquí me detiene,
y mi orgullo mal se aviene
con que triunfe esa mujer.
Horacio petrificado,
cual una estátua quedó;
su fuga le impresionó.

HORACIO (*aparte*).

¡Protegedla, Dios sagrado!
(*Vuelven á oirse los mugidos del viento y del mar*)

D. MAMERTO.

¡Jesús, y qué ventisquero!
¡Cómo brama el huracan!

ROSA.

Tio, ¿si los cogerán?
(*Suena un cañonazo á lo léjos*).

HORACIO.

¡El cañon! ¡Dios justiciero! (*con inmenso júbilo, cayendo de rodillas junto al balcon, de espaldas á la puerta de entrada. Rosa que estaba con su tio en otro extremo, corre hácia él y exclama:*

ROSA.

¡Qué alegría inusitada!
Yo no sé lo que presiento;
¿Qué me dice ese contento?

HORACIO (*levantándose*).

Que ya Azella está salvada.

ROSA (*con profunda ansiedad*).

¿La amas, dí? por compasion,
que voy perdiendo la calma.

HORACIO.

La idolatro con el alma;
es suyo mi corazon (*en un arranque apasionado*).

(*Durante estos cuatro versos habrá entrado Azella, que los oye, y deteniéndose en el centro levanta los ojos y las manos al cielo con inmensa gratitud. Horacio se vuelve; la vé, y queda aterrado: viva transicion de la alegría más grande al mayor dolor.*)

ESCENA DIEZ.

Dichos, **Azella**, **Ruderico**, *el* **Capataz** *y negros. Despues* **Restituto** *cuando lo indica el diálogo.*

AZELLA.

Allí se vive y se adora;
aquí se lucha y se muere.
(*Con solemnidad, señalando al cielo.*)

HORACIO (*aterrado.*)

¡Azella!

AZELLA.

Sí, Dios lo quiere;
la fe que salva no llora.

RUDERICO.

Todo en su mal se conjura (*Muy sombrío*).

CAPATAZ.

Los alcancé junto al puerto;
si no corro me divierto.

ROSA.

Qué perversa criatura;
enciérralos.

CAPATAZ.

¿Dónde?

ROSA.

(*En la galería.*) Allí.

(*El capataz va á abrir la puerta de la galería que está más elevada que la sala; al frente se ve la balaustrada y los árboles del jardin.*)

HORACIO.

¡Rosa, piedad! ¡Compasion!

ROSA.

Si ya he perdido la calma;
¡la idolatras con el alma;
es suyo tu corazon!

AZELLA.

Ya no me importa morir;
soy feliz porque me ama,
y en mi agonía derrama
tan poderoso elixir.

De tu pecho, hermano mio (*á Ruderico*),
calma las pasiones rudas;
de la Providencia dudas
y es un torpe desvarío;
que se cumpla mi destino
en la tierra fementida;
despues de esta hay otra vida
y es de abrojos su camino.
Marchemos, la herida planta
apoyando con firmeza,
elevada la cabeza
que el infortunio quebranta.

ROSA (*á los negros*).

¡Llevadla!

RUDERICO.

Oscuro velo
siento que cubre mis ojos;

AZELLA (*á Ruderico*).

No provoques sus enojos;
Horacio, adios... hasta el cielo.

(*Horacio vá á detenerla, pero Restituto llega por detrás, le toca en el brazo, y exclama en voz baja y rápida*):

RESTITUTO.

¡Dejadlos! ya en el balcon
tengo puesta una escalera;
un caballo nos espera (*váse*).

HORACIO (*aparte*).

Dios ayude tu intencion.

ROSA (*vacilando*).

¡Y he de sufrir!..

AZELLA (*ya en la puerta los dos*).

Ven, hermano:
es tan bello perdonar;

harto tendrá que llorar,
con la angustia del tirano.

ROSA.

Encerradla: esa mestiza,
que me ha robado su amor.

AZELLA.

La religion del dolor
á las almas sublimiza *(entra)*.

HORACIO (*á Ruderico, estrechándole la mano*).

No temas; aún la esperanza,
se cierne en la mente mía.

RUDERICO.

¡Noble corazon! aún fía,
del mundo en la bienandanza.
(*Entra: el capataz cierra*).

ESCENA ONCE.

Rosa, Horacio, *y* **D. Mamerto.** *El* **Capataz** *y negros en el fondo.*

HORACIO.

Estarás muy satisfecha
de tu triunfo, prima amada.

ROSA.

Lo que estoy es angustiada,
y en llanto el alma deshecha.

D. MAMERTO.

Quién lo dijera, hija mia,
rebajarse de ese modo;
sumergir así en el lodo
su nombre ¡qué tontería!

ROSA.

¡Consagrando con demencia

á una esclava sus amores;
tributar incienso y flores
á esa raza!... (*con desprecio*).

HORACIO.

A la inocencia;
que no hay en mi amor malicia;
yo no la amé por ser bella,
que rendí culto en Azella,
á la divina justicia;
pero acabemos: ¿prefieres
ayudarme á deshacer
ese trato?..

ROSA (*con desden*).

¿Yo querer
salvar á la que tú quieres?

HORACIO.

O me pondrás en el caso
de matar á ese negrero;
elige, aunque considero
que los límites traspaso
de la prudencia; no puedo
obrar, prima, de otra suerte;
es cuestion de vida ó muerte.
¿consientes?

ROSA.

Yo nunca cedo.

HORACIO.

No ha mucho que me decías:
aún puede alcanzar perdon.

D. MAMERTO.

Terminemos la cuestion,
y no haya más agonías.
Id; llamad á Pedro Antonio (*á los negros*).

CAPATAZ.

No es preciso, que aquí viene,
sin duda el mulato tiene
por familiar al demonio.

(*Entran Pedro Antonio y negros con faroles encendidos*).

ESCENA DOCE.

Dichos y Pedro Antonio

D. MAMERTO.

¿Venís á buscar la esclava?

PEDRO.

Sí, señor; por ella vengo,
aunque mis recelos tengo
de encontrar alguna traba.

ROSA.

¡Traba decís! no por cierto;
se la acaba de encerrar;
ántes se quiso escapar,
y la han cogido en el puerto.

PEDRO.

Ya veis; no en vano temía;
sé que hay un fuerte interés.

ROSA.

Venid por ella (*se dirige al fondo*).

PEDRO (*siguiéndola*).

Eso es.

HORACIO (*interponiéndose*).

¡Atrás!

ROSA.

Pero...

D. MAMERTO.

¡Qué porfía!

PEDRO.

Con la escritura en la mano
vengo por mi propiedad;
¿Se me entrega? (*á D. Mamerto*).

D. MAMERTO (*á Horacio.*)

Por piedad,
depon ese empeño vano.

ROSA.

No tiene remedio el mal;
Horacio, no más locura.

HORACIO.

Si le tiene, criatura,
muy cumplido y muy cabal.
¿Quières la esclava? (*á Pedro*).

PEDRO.

Eso quiero.

HORACIO.

Mira bien si me la cedes.

PEDRO.

Nunca.

HORACIO.

Pues pasa, si puedes;
adelanta, aquí te espero.
(*Se cruza de brazos delante de la puerta*).
Antes de verla, te juro,
mi cadáver pisarás.

D. MAMERTO.

Hijo, nada lograrás
con eso, te lo aseguro.

HORACIO.

Véndemela, te lo he dicho

mil veces, no sólo una;
te doy toda mi fortuna.

PEDRO.

Tengo por ella capricho,
y el dinero á mí me sobra.

HORACIO.

Entónces, tú lo has querido;
conque vive prevenido
porque tu vida me estorba.

PEDRO.

La ley me ampara, y tu genio
no temo ni tu furor,
la autoridad superior
rodea todo el ingenio.

HORACIO *(con profundo abatimiento).*

Le rodea... ¡cielo santo!

(Restituto entra por la puerta inmediata á donde está Horacio y exclama casi llorando):

RESTITUTO.

¡Todo, señor, se perdió!.

HORACIO *(perdiendo su energía).*

¡Dios mio!..

ROSA.

¿Qué sucedió,
que torna su ardor en hielo?

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos *y* **Ruderico.**

(Este sale con el puñal en la mano y en actitud propia de su situacion).

HORACIO *(con profunda ansiedad).*

¡Ruderico!

RUDERICO.

¡Ya es en vano
tanta importuna querella!
¿Tú qué quieres? (*á Pedro*).

PEDRO.

Busco á Azella.

D. MAMERTO (*á Ruderico*).

¿Qué vas á hacer?

ROSA (*á su tío*).

Ten su mano.

RUDERICO.

Azella, la mercancía
que compró por su dinero
el inhumano negrero;
Azella, la sangre mia,
la hija pura y hermosa
de la mártir del dolor,
la madre de nuestro amor!...
Ven por ella; ven tú, Rosa.

(*Los arrastra á los dos violentamente y abre las dos hojas de la puerta. Aparece el cadáver de Azella iluminado por la luz de la luna que penetra por el jardin. Momentos de profundo terror: en el intervalo de silencio que se sucede se oye el ruido del mar, chocando contra las rocas, y el mugido pavoroso del viento.*

HORACIO (*lanzándose dentro*).

¡Oh!

ROSA.

¡Muerta! (*cayendo de rodillas*).

RUDERICO.

¡Muerta, sí!

D. MAMERTO.

¡Infeliz!

RUDERICO.

Y á ruego suyo;
ahí tienes; su cuerpo es tuyo;
ceba en él tu frenesí.

PEDRO.

Tú morirás.

RUDERICO.

¡Muy contento!
¿Puedo sin ella vivir?
Por mi mano iba á morir,
que la ley sea mi instrumento.

(*Arroja el puñal y dirigiéndose al cadáver, le apostrofa diciendo*):

Ya tu espíritu navega
por una region ignota;
¡ay: todo en el mundo llega;
está tu cadena rota!

Cuadro final.—Horacio arrodillado junto al cadáver. Rosa de rodillas cerca de la puerta. Pedro Antonio formando un grupo con los negros, y en otro lado D. Mamerto estupefacto con el capataz. Restituto llorando en un rincon. Antes de caer el telon se escucha el ruido de las olas, chocando contra las rocas. La escena iluminada en primer término por las luces de los candelabros y de los faroles que llevan los negros. En la galería por la luna que penetra del jardin.

FIN DEL DRAMA.

El tiempo que hace tiene escrito este drama la señora de Melgar, lo prueba la importante carta del eminente escritor, que se inserta á continuacion, como testimonio de respeto y consideracion de la autora hácia el Sr. Echegaray, que la honra con su ilustre nombre.

NOTA. Por estar ya impresos los primeros pliegos de la obra se han puesto los juicios críticos de estos eminentes escritores, sintiendo mucho la autora no haberlos podido insertar en la primera página.

El tiempo que hace tiene escrito este drama la sentencia
ligar, lo prueba la importancia del ministerio es-
tor, que se inserta á continuacion, como testimonio de
ecto y consideracion de la autora hacia el Sr. Ivarez,
y que la honra con su ilustre nombre.

NOTA. Por estar ya impresas los primeros pliegos de
obra se han puesto los juicios críticos de estos escritores
e escritores, omitiendo muchos la autora no haberlos po-
do insertar en la primera página.

Señora doña Faustina Saez de Melgar:

Mi distinguida amiga: Recibí, en efecto, á mediados de Marzo su interesante y bello drama *La Cadena Rota*, y algun tiempo despues, no tan pronto como yo hubiera querido, escribí á V. condensando en muy breves frases, más que un juicio crítico de su obra, la impresion que en mí habia producido su lectura.

Es el pensamiento que encierra, le decía á V. en aquella ocasion, bellísimo, natural y dramático: los caractéres son verdaderos, y el desenlace eminentemente trágico.

Pero V. me exigia que hablase con franqueza y con franqueza hablé entónces y hablo ahora, y la franqueza me obliga á someter á su claro talento el siguiente escrúpulo: Considerado el drama, no como drama, sinó como tésis social, es forzoso convenir que Azella y su hermano Ruderico, que son casi blancos por su color, su belleza y su educacion; que se expresan con tanta elegancia y más que sus amos, que pintan, cantan, tocan y hacen versos, no son la verdadera representacion del esclavo, y la demostracion anti-esclavista que V. representa, pierde en verdad y en energia.

Comprendo perfectamente que en V. ha dominado el poeta, que ha procurado V. hacer el dra-

ma simpático y bello y que *una negra* con su desdichada inferioridad física, acrecentada por su horrible estado, no podia ser *en la escena* un tipo romántico, ni inspirar amor á Horacio. *Creo que ha hecho V. bien*; pero esto probará que el argumento es mas propio de la edad clásica que de la época presente, en cuanto se refiere á la esclavitud. En suma, el drama del *esclavo americano* considero que es otro.

Hasta aquí en cuanto al fondo respecto á la forma, tal vez fuera conveniente algun mas desarrollo. No sé si consistirá en el placer con que he leido su drama; pero juzgo que los actos son muy cortos.

Esto dije á V. en mi primera carta, que por lo visto, no llegó á su poder y esto muy de prisa, porque tengo impaciencia porque llegue mi contestacion á sus manos. no crea que, ó por olvidadizo ó por descortés, he dejado de corresponder á su confianza, repito hoy.

Desaparecieron los teatros principales; sólo quedan algunos, á los que su obra de V., que es séria y patética, no podia convenir; llegó el verano y esto explica, *si no excusa*, mi posterior silencio.

Adjunta es su simpática é inspirada obra; le deseo feliz suerte y si yo puedo servir á V. en algo para vencer las barreras teatrales, cuente siempre con su amigo y S. S.

Q. S. P. B.

JOSÉ ECHEGARAY

Agosto, 27, de 1876.

DOS PALABRAS SOBRE ESTA COMEDIA.

El drama *La Cadena Rota* merece leerse por la plausible intencion que le ha inspirado. Próximo á desaparecer, si el tiempo lo permite, el anatema injusto que pesa desde muy antiguo sobre una raza condenada á la abyeccion y á la servidumbre, el drama de la señora Saez de Melgar publícase tal vez en los últimos momentos del oportunismo de esta clase de obras que, si se prolonga la abolicion completa de la esclavitud de la raza negra, como es de desear, perderán en los dias del porvenir el interés que tienen en los del presente, figurando sólo como piedras miliarias, destinadas á recordar los grandes errores del linaje humano y las sublimes reacciones del progreso contra la barbarie.

El asunto que dá vida á la fábula dramática de la señora Saez de Melgar no puede ser más filosófico y trascendental. Probar que la raza negra es una rama del tronco comun del linaje humano; demostrar que esa raza posee todos los organismos del hombre; que *piensa, siente y tiene voluntad* como todos los séres racionales; que exprime ideas por medio de la palabra y lleva en el alma todas las

luces que reflejan hácia Dios, esto es, que tiene sentimiento del bien, de lo bello y de lo infinito, probar estas cosas tan hermosas, repito, es siempre empresa que dá realce á todo corazon bien nacido, que se hace digno de las indulgencias de la pública opinion, por sus loables propósitos.

El drama de la señora Saez de Melgar es mejor psicológicamente considerado, que examinado con relacion á sus condiciones artísticas y estéticas. Por eso no he podido ménos de celebrar que tan apreciable como distinguida escritora, se haya decidido á darle á la estampa para que sea *leido*, evitando así los escollos de una representacion, para la cual habría tenido que ser cercenado. La señora de Melgar, que ha cultivado con fortuña la novela, no ha podido prescindir en su drama, como es natural, de poner de relieve su idosincrasia de novelista, y en algunas situaciones de la obra, en algunos de sus episodíos, en el lenguaje de los personajes y hasta en la pintura de los caractéres, revélanse sus facultades y sus aptitudes para un género que no se compadece bien con la lógica seca, inflexible y desesperante del teatro.

Así como del mejor drama es casi siempre imposible hacer una buena novela, así, de la mejor novela, es igualmente difícil hacer un buen drama. Los géneros son tan opuestos, tan diametralmente contrarios, que las reglas del uno son precisamente las excepciones del otro. En la novela la mano del pintor puede derramar todos los colores, todos los tonos, todas las magnificencias del arte plástico; en el drama el pintor no puede más que hacer cabezas de dimensiones reducidas, dejando al actor ancho campo para la traduccion del bello ideal, y al público espacio suficiente para que se entregue á cálculos y á presentimientos del desenlace.

Sentadas estas premisas no es difícil preveer que el

drama de la señora Saez de Melgar, *La Cadena Rota*, que se resiente, como produccion escénica, de su pronunciado sabor novelesco y de su romanticismo que en el teatro es precíso pasar por tamices muy finos, ha de haber ganado mucho con su publicacion como obra destinada á *leerse*, porque todo lo que habria tenido que suprimirse para representarla, lo encontrará el lector piadosamente conservado; y no le pesará por cierto que tan ricos materiales no se hayan desperdiciado.

Respecto á la parte literaria de la obra, sólo puedo decir que me parece inspirada por esa divina musa del consuelo, que arroja gotas de bálsamo suave sobre todas las heridas de la humanidad. Esmaltada de bellísimos pensamientos, abundante en trozos de armoníosa y fluida versificacion, sóbria en cuanto á lirismo, recomiéndase ademas por sus fines morales de superior alcance, por la sencillez primitiva de los caractéres, y por la sublimidad del concepto que la ha motivado.

Y no porque la ley rompa hoy la *cadena del esclavo* podrá éste sustraerse al tributo de gratitud que debe á la señora de Melgar; su drama *La Cadena Rota*, concebido y escrito con antelacion á los proyectos que hoy se discuten para llevar á efecto la redencion del mísero pária condenado á la servidumbre, es testimonio irrecusable de que tan apreciable escritora, inspirada en los más nobles y cristianos sentimientos, ha querido romper sus hierros enjugar sus lágrimas y dulcificar sus martirios, aportando su óbolo para ayudarle á recobrar su dignidad perdida y para hacerle entrar, como liberto de Jesucristo, en e, reino de la civilizacion.

LEANDRO HERRERO.

Madrid, 12 de Noviembre de 1879.

BIBLIOTECA DE SEÑORAS.

—

Obras morales y recreativas de doña Faustina Saez de Melgar.

VAN PUBLICADAS.

—

	Tomos.
Sendas opuestas y la bendicion paterna..	1
Inés ó la hija de la caridad.....	2
El collar de esmeraldas.....	1
El deber cumplido y la loca del Encinar..	1
Angela ó el ramillete de jazmines.... ...	3
Contra indiferencia celos, comedia en un acto.	

PRECIO.

Cuatro reales tomo en toda España. En el extranjero y Ultramar lo fijarán los corresponsales.

Se hallan de venta en la administracion de la Biblioteca, Silva, 29, y en las principales librerías de Madrid y de provincias.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1879.